

# LA LÓGICA SOCIAL DEL BOXEO EN EL CHICAGO NEGRO. HACIA UNA SOCIOLOGÍA DEL BOXEO\*

Loïc J.D. Wacquant

*Harvard University  
Ecole des hautes etudes en sciences sociales, Paris*

**The social logic of boxing in black Chicago. Towards a sociology of pugilism**

## Resumen

Este artículo es dedicado a la memoria de Aaron, jovencito español y amigo del gimnasio, a quien el ring no lo salvó de los peligros de la calle. Este trabajo se benefició de las respuestas, los comentarios críticos y el aliento de una serie de colegas, entre los cuales se encuentran Pierre Bourdieu, Rogers Brubaker, Dan Chambliss, S. Lynn Chancer, Rick Fantasia, Harvey Molotch, Bill Wilson, y los miembros del Centro de Sociología Europea en París. También agradezco a mis colegas de la "la dulce ciencia", que me enseñaron mucho más que a lanzar gancho de izquierda, y a mi familia y amigos que me apoyaron moralmente durante este extenuante proyecto (con mención especial para Elizabeth Bonamour du Tartre, una importante asistente en el lugar). Esta investigación fue posible en parte por el apoyo financiero de la Maison des sciences de l'homme, un Lavoisier Fellowship del Gobierno Francés y la Fundación Milton de la Universidad de Harvard.

**Palabras claves:** Gimnasio – Colegas – Investigación.

## Abstract

This paper is dedicated to the memory of Aaron, Spanish manchild and gym buddy, whom the ring could not save from the street. This paper benefited from the reactions, critical comments and encouragement of a number of colleagues, among whom Pierre Bourdieu, Rogers Brubaker, Dan Chambliss, Lynn S. Chancer, Rick Fantasia, Harvey Molotch, Bill Wilson, and members of the Center for European Sociology in Paris. My gratitude also goes to my colleagues in the "sweet science" who taught me much more than how to throw a left jab, and to the friends and family who supported me morally during this strenuous project (with special mention to Elizabeth Bonamour du Tartre for a major on-site assist). This research was made possible in part by the financial support of the Maison des sciences de l'homme, a Lavoisier Fellowship from the French government, and the Milton Fund of Harvard University.

**Keywords:** Gymnasium – Colleagues – Investigation.

“Cualquier grupo de personas – prisioneros, primitivos, pilotos o pacientes- desarrollan una vida propia que se convierte en significativa, razonable y normal una vez que te acercas a ella.”

Erving Goffman, *Asylum*.

El Boxeo presenta la paradoja de ser quizás el deporte más ampliamente reconocido y popular en todo el mundo y, sin embargo, el más profundamente desconocido. Los mejores pugilistas son los atletas que reciben, por un solo evento, las

\* Publicado en *Sociology of Sport Journal* 9-3 (Septiembre 1992).



Una síntesis estilizada, de la cual la construcción de los medios de comunicación de la meteórica carrera del ex campeón Mike Tyson, ofrece una buena aproximación,<sup>1</sup> sería algo así: los boxeadores son jóvenes ásperos, casi analfabetos que, crecieron en hogares desintegrados y con privaciones, que se las arreglaron por sí mismos para salir de una cuneta y llegar a la fama y la fortuna, cambiando su ira hacia el mundo y las ansias de violencia sadomasoquista en millones de dólares, salvo por aquellos que, cruel y despiadadamente han sido explotados por los managers y promotores, y acabaron en la miseria con los huesos y el corazón rotos.

Con muy pocas excepciones (Weinberg y Arond, 1952; Hare, 1971; Sugden, 1987), los estudios existentes de los boxeadores, denominados así por los escritos de los "nativos" y personas con información privilegiada como los periodistas (Hauser [1986] es el mejor de ellos), se concentran en la parte *pública* y en los escalones superiores del deporte, visto como una *individual y competitiva* búsqueda de glamour y riqueza, *aislado* del contexto social concreto que le otorga sentido y valor.

*A contrario*, el primer paso necesario para una rigurosa sociología del boxeo debe negarse al fácil recurso de recurrir al exotismo prefabricado de la parte publicitada de la institución -las luchas, grandes o pequeñas, el heroísmo de la ascensión social de los excluidos ("El maravilloso Marvin Hagler: del Ghetto a la Gloria", es un artículo de la revista Magazine KO de 1986 que personifica el orgullo de los boxeadores; y puede ser encontrado pegado en las paredes de muchos gimnasios), la excepcional vida y la carrera de los campeones.- Es preciso acercarse al boxeo a través de sus lados menos conocidos y menos espectaculares: como la monótona y obsesiva rutina diaria de ejercicios, la interminable e ingrata preparación, inseparablemente física y moral, otorgando lugar a las breves apariciones en primer plano y a los rituales mundanos de la vida cotidiana en el gimnasio, que producen y reproducen la creencia que subyace de ésta muy peculiar economía simbólica y material que constituye al mundo pugilístico.

Y, para ello, debe no sólo "deformarse" (Douglas, 1976), sino más decisivamente *romper con el punto de vista del espectador* que delata el objeto preconstruido de la mitología colectiva, es decir, la mirada teórica *-theorein*, debería ser renombrada, significa contemplar- fomentada por el estado del analista distante y consumidor de este "espectáculo de sangre" (para tomar prestada la expresión Budd Schulberg). En

---

<sup>1</sup> Tyson se crió en una familia mantenida por una sola persona que vivía de la ayuda pública en los monoblocks de Brownsville, un ghetto de Brooklyn, y fue introducido en el boxeo mientras estaba en un centro de detención de menores antes de convertirse en el campeón mundial más joven de peso pesado de la historia. Ha sido retratado como un típico "negro malo" (cfr. Torres, 1989; Heller, 1990).

resumen, para evitar los riesgos de la “sociología espontánea” a la que conduce inevitablemente la evocación de las peleas, uno debe haber pasado por el ring, no bajo la extraordinaria figura del “campeón”, sino al menos haber “golpeado las bolsas” junto a boxeadores anónimos en su entorno habitual del “gimnasio”.

Este trabajo, basado en la primer etnografía a largo plazo y en la observación participante intensiva del boxeo realizado en los Estados Unidos, se centra en el colectivo “mundo del entrenamiento del boxeador” (Oates, 1988, p. 244) comprendido en su lógica interna y en su relación contradictoria con la matriz social vecina del ghetto. Se basa en los materiales recogidos durante tres años de trabajo de campo en un gimnasio de boxeo ubicado en el centro de un segregado barrio de la Ciudad de Chicago, llevada a cabo como parte de una investigación más amplia que trata de la cambiante intersección de razas, de clase y del estado en la formación del proletariado negro contemporáneo (Wacquant, 1989b, 1992a). Antes de matricularme en el Stoneland Boys Club, yo no había tenido contacto con el mundo pugilístico: tenía solo una vaga noción de este deporte y nunca había contemplado el acercarme a un ring, y mucho menos entrar en el mismo. A partir de esta situación de perfecto novato, entrené regularmente en el Stoneland Boys Club junto a los combatientes locales, tanto aficionados como profesionales, pasando de tres a siete días de la semana en el gimnasio, participando en todas las fases de la extenuante preparación del boxeador, de los más básicos ejercicios de “boxeo de sombra” a hacer sparring en el ring.

También “seguí al animal en el follaje,” como dice Harold Garfinkel. Participé de torneos amateur y “tarjetas” profesionales (shows de boxeo) en reuniones de boxeo por toda el área de Chicago, con la colaboración de varios fotógrafos, ayudantes de esquina, aficionados y sparrings quienes me permitieron un completo acceso a la escena y trastienda del mundo pugilístico. Acompañé a luchadores de mi gimnasio “en gira” cuando peleaban en otras ciudades del Medio Oeste como también en Atlantic City, donde han tenido su “momento de gloria.” También los seguí en su gira diaria para conseguir casa y empleo, a la caza de ofertas en casas de segunda mano. Desarrollamos una gran amistad; compartíamos picnics, bares, iglesias y lugares de apuestas, o simplemente “dábamos vueltas” por la Parte Sur de la ciudad. Fui testigo de matrimonios, funerales, enemistades públicas, y una reunión con el Ministro Farakkan, junto a algunos de mis compañeros.

El análisis presentado aquí está basado en las detalladas notas de mi diario etnográfico, que fui llenando a diario luego de cada sesión de entrenamiento (inicialmente

para ayudarme a superar el sentimiento del castigo físico recibido y el sentimiento de estar fuera de lugar entre estos inusualmente dedicados atletas, un sentimiento extraño, sin duda reforzado por haber sido el único miembro blanco en un gimnasio donde eran todos negros al momento en el que entré en el campo), y conversaciones informales grabadas en una grabadora que lleve cerca de 20 meses al gimnasio. En los 4 meses finales de recolección de datos, realice cerca de 100 entrevistas en profundidad con luchadores profesionales, entrenadores, manager, árbitros, ayudantes de esquina, y otras autoridades de Chicagoland y el área Noroeste de Indiana. También entrené en otros tres gimnasios profesionales en Chicago y visité gimnasios en numerosas ciudades de Estados Unidos y Francia. Finalmente seguí a la prensa boxística, me suscribí a diarios y miré peleas televisadas regularmente con mi entrenador. Aunque éste texto se centre en un gimnasio y crea firmemente en la visión de entrenadores y boxeadores de ese gimnasio, estoy seguro que el análisis hecho tiene una validez que se extiende más allá de lo monográfico. Es mas, las comparaciones a través del tiempo o lugares revelan una marcada predominancia de las semejanzas, sobre las diferencias en el universo del boxeo (ver., las numerosas coincidencias empíricas entre mis materiales y aquellos reunidos por John Sugden [1987] en un gimnasio de Connecticut).

El propósito de este reporte parcial de una iniciación al mundo del pugilismo<sup>2</sup> es doble. Una primera propuesta, principalmente empírica de este texto, es proveer datos etnográficos de un universo poco conocido, en el cual las concepciones erróneas son tan abundantes como escasas las recolecciones de información rigurosas. Un segundo nivel teórico, con una doble meta: primero, descubrir algunos de los principios que organizan el boxeo tal como es practicado en un ghetto negro, resaltando el efecto de regulación de la violencia social, visible en la relación particular de *simbiosis y oposición simultanea* que liga el gimnasio de boxeo al universo de la calle y su cultura. Segundo, busca contribuir a repensar “la lógica de la practica” (Bourdieu 1990) reflejándose en la naturaleza de *una practica en la cual el cuerpo es simultáneamente el asiento, el instrumento y el blanco*. Es decir que mi intento no es ni condenar ni defender la reputación de el más “bárbaro” de los deportes, tan apasionadamente venerado y denigrado, sino mostrar el sentido que tiene el boxeo en éste contexto, lo que su lógica especifica y especialmente lo que ésta

---

<sup>2</sup> Para un análisis mas detallado del proceso de fabricación del boxeador que analiza la lógica colectiva de la pedagogía pugilística en el gimnasio e incluye extractos de material de campo, ver mi “Cuerpo y Alma: Notas Etnográficas de un Aprendiz de Boxeador” (Wacquant , 1998a); para una narrativa literaria en primera persona de mis experiencia en el torneo “Goleen Globes”, Wacquant (1991a); para un análisis preliminar del boxeo como ritual de consagración de masculinidad guerrera, Wacquant (1991b).

inculca, cuestiones que deberían enseñarnos acerca de la lógica de toda la acción social humana.

Para anticipar algunos de los resultados tentativos de esta investigación, propongo la inculcación de lo que debería ser llamado el *habitus pugilístico*,<sup>3</sup> i.e., El escenario específico del esquema corporal y mental que define al boxeador competente, descansa en una doble antinomia. La primera pertenece al hecho de que el boxeo es un deporte situado en la línea limítrofe entre naturaleza y cultura, una suerte de límite empírico de práctica que requiere simultáneamente un excepcionalmente complejo, quasi-racional manejo del cuerpo y del tiempo, cuya transmisión surge de un modo puramente práctico, sin la mediación de una teoría, sobre las bases de una pedagogía implícita y sin codificar. De allí la segunda antinomia: el boxeo es un deporte individual, quizás el prototipo del deporte individual en la medida de que pone en juego –y en peligro– el propio cuerpo del boxeador, cuyo verdadero aprendizaje es, no obstante, colectivo por excelencia, en particular porque presupone una convicción en el deporte, en el cual, como en todos los “lenguajes de los deportes” de acuerdo a Wittgenstein (1953), nace y muere en el grupo que lo define a través de un proceso circular. En otras palabras, las disposiciones que hacen al pugilista dotado son, como todas las “técnicas del cuerpo,” “el trabajo de un pensamiento práctico individual y colectivo” (Mauss, 1950, p.368).

Finalmente, convertirse en un boxeador es adecuarse a una progresiva conjunción de disposiciones corporales y mentales que están tan íntimamente entrelazadas que borran la distinción entre lo físico y lo espiritual, entre lo que se refiere al “talento” atlético y lo que pertenece a las capacidades morales y voluntad. El boxeador es un *engranaje viviente* entre el cuerpo y la mente que derriba la oposición entre acción y representación y trasciende *in actu* la dicotomía de lo individual y colectivo, que es aceptada por las teorías de la acción social. Una vez más, coincido con Marcel Gauss cuando él habla de “la reunión físico-psico-sociológica de series de actos... [que] son montados por la autoridad social” (Gauss, 1950, p. 383).

---

<sup>3</sup> En la noción de *habitus* como un sistema de disposiciones durables y permutables, para percibir, apreciar y actuar, ver Bourdieu (1977, 1990). Para un estudio de la inculcación de el “*habitus* sacerdotal sobre los curas rurales franceses, que tienen muchas similitudes con el caso de los boxeadores, ver Suaud (1978); comparar también con la formación del *habitus* de los profesores de escuela primaria en dos épocas distintas en Muel-Dreyfus (1983).

## UNA ISLA DE ORDEN: EL GIMNASIO VERSUS LA CALLE

Una hipótesis fundamental que guía esta investigación es que existen profundas relaciones estructurales entre el boxeo como un *arte del cuerpo* (sub-) proletario y ciertas formas de vida social y prácticas culturales que se encuentran en las regiones bajas del espacio social, particularmente en el ghetto Americano negro; que la "idiocultura" (Fine 1979) del gimnasio se desarrolla en una *continuidad discordante* con el centro de la ciudad. Es cierto, en parte, que el boxeo "es un mundo único, cerrado, y auto referencial" (Oates, 1987, p.13). Por otra parte es cultivado y sostenido por fuerzas sociales y repertorios culturales definidos; que surgen y se reproducen como reflexión y reacción contra la (masculina) cultura callejera o, para ser más preciso, como una rearticulación funcional de algunos de estos elementos centrales.

Esto significa que no se puede entender la lógica interna que regula el aparentemente autónomo universo del pugilismo, fuera de su contexto social y ecológico e independientemente de las posibilidades sociales que éste contexto asigna a los jóvenes. Aunque muchos jóvenes prefieran unirse a pandillas (Jankowski, 1991) o involucrarse en el crimen callejero (Sullivan, 1989), dos carreras vinculadas que ofrecen un alternativa potencial, ir al gimnasio adquiere importancia social en relación a la estructura local de oportunidades de cada uno, incluyendo aquellas ofrecidas -o negadas- por la escuela, el mercado laboral, y las actividades en la calle. En esta sección argumento que *el gimnasio se define a si mismo en una relación de simbiótica oposición con el ghetto* en el cual esta situado, y que provee sustento y protege a sus miembros. Antes de entrar en el gimnasio es necesario establecer un breve bosquejo del ambiente del Boys and Girls Club of Stoneland.

### **El contexto: de "Milla Milagro" a "La Ciudad de la Muerte"**

El Club Boys and Girls de Stoneland (o Stoneland Boys Club, como es comúnmente llamado) esta situado en la Calle Sextina, una de las calles más devastadas del barrio, en el medio de un paisaje urbano baldío emblemático del trágico fallecimiento de la "metrópolis Negra" de Chicago (Drake & Cayton, 1962). Esta sección de la Parte Sur no escapa de los estándares del Ghetto. Es más, esta ubicado en el decimotercer lugar en la escala de pobreza entre las 77 "Áreas Comunes", 25 de las cuales tienen aproximadamente un quinto de su población bajo la línea oficial federal de

pobreza (Registros de la Ciudad de Chicago 1984). Siguiendo el modelo común a otros barrios de América (Wilson, 1987), Stoneland experimentó un declive espectacular y una rápida acumulación de marginados sociales en las décadas recientes.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, Stoneland era un estable y prospero barrio blanco, cerca de Hyde Park, en las cercanías de la Universidad de Chicago. El área atraía a comerciantes, consumidores y rentistas que saturaron el mercado. La esquina de la calle Sixtina y Avenida Cottage Grove era conocida como una de las más transitadas de la ciudad, con una multitud frecuentando los incontables restaurantes de la zona, tabernas, cines y clubes de jazz. Es mas, la calle Sixtina era una arteria tan transitada que los comerciantes la apodaron “la Milla Milagro”. Cuarenta años después, el barrio se ha vuelto una Bantustan virtual de pobreza, dilapidación material y decaimiento social.<sup>4</sup> Entre 1950 y 1980, el número de residentes cayo de cerca de 81.000 a 36.000, así como el color de la raza de la población paso de 38 a 96 por ciento negra. La creciente afluencia de inmigrantes Afro-Americanos desde el Sur, esparcidos más allá de las rígidas fronteras del histórico “Cinturón Negro” de la ciudad, produjo un éxodo masivo de blancos, cuyo número cayo de 50.000 a unos pocos cientos. La consiguiente emigración de la (pequeña) clase media negra y clase trabajadora estable, a un área más agradable, y aun más segregada racialmente a la periferia del ghetto tradicional, coincidió dejando atrás al segmento más desaventajado de la comunidad negra. Este cambio en la composición de la población local, se solidificó por los masivos programas de “renovación urbana” de los 1950s (Hirsch 1983) y se aceleró por las “guerras de delincuentes” de los sesenta, cuando los Blackstone Rangers reglaban las calles del barrio y produjeron una crisis de las instituciones comunales. El declive de las viviendas, escuelas y servicios públicos y privados, combinados con los crecientes niveles de desocupación se combinaron para convertir a Stoneland en un creciente purgatorio social y económico.

Unos pocos indicadores empíricos pueden servir para medir la exclusión y las privaciones que posee la gente de Stoneland (Registros del Gobierno de Chicago, 1984). De acuerdo a los últimos censos (los de 1980), un tercio de las familias viven bajo la línea federal de pobreza y el ingreso medio anual por familia es de 10.500 dólares, aproximadamente la mitad del promedio de la ciudad. El promedio de los hogares

---

<sup>4</sup> Para una sociografía mas detallada del cambio social en Stoneland, ver Wacquant (1992b); para un análisis comparativo de la acelerada degradación de otros ghettos de las partes Sur y Oeste de Chicago, ver Wacquant y Wilson (1989). Limitaciones de espacio no me permiten proveer una descripción mas detallada de la estructura social y ecológica de Stoneland. Soy bien conciente que el comprimido retrato esbozado aquí corre el riesgo de reforzar la visión estereotípica del ghetto como un basurero social “desorganizado”, desprovisto de sociabilidad y pautas. Basta notar que bajo esta apariencia de devastación uniforme, el ghetto se convierte en un universo diferenciado y jerarquizado.

registrados donde la cabeza de la familia es la mujer alcanzó al 60% (comparado con el 34% de diez años antes en 1970), la tasa de desempleo oficial es del 20% (el doble de la media ciudadana, triplicándose tras una década) y menos de una de cada diez familias son propietarias de sus viviendas. Solo un tercio de las mujeres adultas y 44% de los hombres adultos poseen un trabajo; el 61% de los hogares dependen en parte o totalmente de los inadecuados programas de bienestar social para su subsistencia. Entre la fuerza de trabajo, la categoría ocupacional más grande es aquella de los trabajadores administrativos masculinos con el 31%, el personal de servicio se encuentra en el segundo lugar con el 22%. Aproximadamente la mitad de los residentes adultos no completó sus estudios secundarios, mientras que la deserción de los estudiantes secundarios del área se cree que fluctúa entre un medio y dos tercios. El barrio ya no posee escuela secundaria, cine, biblioteca o facilidades para la capacitación en el empleo. Tampoco posee banco, supermercado o agencia de seguros. A pesar de la proximidad de uno de los centros de innovación médica más avanzados del mundo, el Hospital de la Universidad de Chicago, la mortalidad infantil en Stoneland está estimada en un 3% y va incrementándose; una cifra casi tres veces la media nacional que se puede comparar con muchos países del Tercer Mundo.

Como ningún otro establecimiento público de la ciudad en Chicago (*Chicago Tribune, 1986, p. 149*), las escuelas locales son “rehenes de la pobreza y el crimen.” Plagadas por la escasez de suministros, inadecuadas facilidades, personal educativo desmoralizado e inestable, se han convertido en instituciones de custodia que simplemente albergan estudiantes hasta su eventual egreso. No es asombroso que muchos jóvenes encuentren la expansiva economía ilegal más atractiva, cuando la escuela no los conduce a ninguna parte -incluso ni siquiera ofrece salida a los cursos preparatorios para la Universidad-. También los poderosos agentes de la integración social, las iglesias, han declinado significativamente; la mayoría de las más de treinta instituciones religiosas que operaban dos décadas atrás cerraron sus puertas. Las más activas instituciones de Stoneland son licorerías, agencias de lotería y “casas de cambio” donde los residentes pueden cambiar cheques, pagares, y pueden obtener boletos de coches y otros certificados públicos en forma gratuita. La ausencia de nuevas construcciones durante décadas y la erosión de las casas existentes (la mitad de las cuales fueron arruinadas entre 1950 y 1980, entre todas las existentes antes de la Segunda Guerra Mundial) en el área situada frente al lago de la ciudad, a menos de diez



millas del corazón de la tercer metrópolis mas grande del país, testifica el abandono de esta comunidad.

Hoy, la “Milla Milagro” se parece a una ciudad fantasma con negocios fundidos, llena de escombros esparcidos y vidrios rotos, y edificios ocupados entre las podridas nubes de la línea de tren aérea. Los pocos establecimientos comerciales que sobrevivieron (la mayoría de ellos licorerías, negocios de ropa y comida, pequeños negocios de catering y proveedores de servicios personales que emplean a lo sumo, un puñado de trabajadores) están protegidos detrás de barrotes de acero. Así es como un miembro de gimnasio describía la calle mientras viajábamos en su auto luego de un entrenamiento:

Tenes un montón de callejeros, tenes delincuentes, tenes los transas y los que compran -y los tenes en todos los barrios, no digo acá nada mas. Y es malo para los pibes que crecen en el barrio porque eso es lo que ven...Ves como pibes como estos [señalando a un grupo de hombres esperando en la entrada de una licorería] dando vueltas, mangando monedas para comprarse vino. Es malo que esos pibes hayan perdido sus vidas... Fijate, esta todo lleno. Acá tenes un negocio que vende licor, ahí otro negocio que vende licor. Ves gente caminando por la calle que viven de plegarias y deseos. Sabes, nunca puedes decir que hay en la cabeza de estos pibes: viven ahí afuera, día a día.

El Stoneland Boys Club esta rodeado, a un lado, por las ruinas del antiguo teatro Maryland, del cual solo queda la fachada, cubierta con pósters del ultimo concierto de rap o un meeting político de Farakkan (“Una Nueva Era está Llegando”), y al otro lado, por un baldío ocupado en parte por una plaza de juegos donde los desocupados del barrio comparten una “línea” los días de sol. Atrás del club hay un gran edificio abandonado cuyas puertas y ventanas están cerradas por barrotes de metal. Los días de viento, la basura y los papeles que vuelan se acumulan en la parte de atrás del edificio donde entrenan los boxeadores.

Más que la degradación física, es la erosión del espacio público provocada por el crimen la que es preponderantemente responsable del tenor opresivo de la vida diaria en el lado Sur de Chicago (Wacquant, 1992 a, 1992 b). En los ghettos de hoy, los tiroteos y homicidios son moneda corriente, creando un clima de inseguridad omnipresente, si no de terror, en las calles donde existe un estado de “guerra de todos contra todos” (Kotlowitz, 1990; Bourgois, 1989). El aumento del crimen que acompañó la

profundización de la pobreza, causada por la reducción del estado bienestar y la contracción continua del salario, es claramente visible en Stoneland. Los residentes temen ir a un parque público y muchos evitan el transporte público. Si pueden (muchas estaciones de la línea de trenes de la Autoridad de Transito de Chicago han sido cerradas; los ómnibus de la CTA son escoltados por patrulleros). Aunque la actividad delictiva descendió, el robo de carteras, atracos, estafas y prostitución son comunes en el área. Y el creciente negocio de la droga y la gran disponibilidad de armas han hecho de la violencia un mal endémico. Un miembro del gimnasio, de 14 años, describía su lugar de residencia cerca del gimnasio, con estas palabras: “El edificio donde vivo no es tan malo. El de al lado es peor. Es decir el mío es malo pero el otro es peor: ahí es la “Ciudad de la Muerte.”

El club se refugia a si mismo de este ambiente hostil, bajo la forma de una fortaleza: todas las entradas al edificio están protegidas por barras de metal y sólidamente cerradas por candados; las ventanas están protegidas con celosía, de hierro, la puerta trasera de entrada tiene dos enormes pernos que no se pueden abrir o cerrar sin un martillo, y un sistema de alarma electrónico es activado por la última persona que sale del edificio. Dos bates de béisbol están a la mano cerca de cada una de las puertas de entrada, uno detrás del mostrador de la oficina de atención diurna, y el otro detrás del mostrador del entrenador, en caso de que resulte necesario para repeler visitantes no deseados con *manu militari*

La conversación vuelve a la situación de los barrios negros de la ciudad. Chuck (entrenador) y O'Grady están de acuerdo en la devastación y en la inseguridad que predomina en la comunidad. Acerca de su área, un par de millas al sur del gimnasio, Chuck dice: "Está llena de drogas por todos lados, podés comprar droga en la calle a casi cualquier pibe que ves. Tenés punks que te molestan. ¿No voy a la escuela', no tengo trabajo, vivo en la calle – que van a hacer? A mí, no me importa, pero en mi barrio, hay demasiados punks y pobres. No es mi clase de vecindario". El edificio donde vive Check es un conocido punto de venta de Karachi, cocaína y PCP. (Notas de campo, Agosto de 1988).

Hoy Gaby llamó al gimnasio desde el hospital. Dos miembros de una banda rival le dispararon en la calle, no muy lejos de aquí. Afortunadamente los vio venir y salió corriendo, pero una bala traspasó su pantorrilla. Él rengueó hasta detrás de un edificio abandonado, sacó la pistola de la mochila del gimnasio y abrió fuego contra ellos, obligándolos a retirarse. Él dice que más vale que

salga del hospital rápido porque probablemente deben estar buscándolo ahora. Yo le pregunté a Richie [el director técnico del gimnasio, un entrenador de boxeo de una gran reputación de más de cincuenta años] si ellos le dispararon en la pierna como una advertencia: "Mierda, Louie! No disparan para herir ninguna pierna, disparan para matarte. Si Gaby no hubiese tenido su arma con él y dispara, lo hubiesen matado; sí: él estaría muerto ahora. "(Notas de campo, Septiembre de 1990).

Le dije a Richie que fui a entrevistar a Ray a la casa ayer en la noche. Él estaba furioso: "Yo te dije que no vayas allí! Podrías haber terminado en el medio de un tiroteo. Ese es un barrio terrible. Las prostitutas pueden tratar de robarte el dinero o el estereo --. Sí, es un barrio verdaderamente áspero". (Notas de campo, Julio de 1991).

El crimen violento es, en efecto, tan común que casi todos los miembros del gimnasio han sido testigos de asesinatos o les han disparado o apuñalado alguna vez. Muchos también crecieron peleando en la calle, a veces a diario, para conservar el dinero de su almuerzo, sus camperas, su reputación, o simplemente para poder caminar. Uno de ellos recuerda una escena típica de la infancia: "Ese barrio era definitivamente jodido, era *perro-come-perro*. Tenias que parecer un perro. Personas amontonadas, pibitos que te quieren robar la guífta y pegarte, tenes que pelear o irte del barrio. No podía moverme, así que tuve que empezar a pelear". Muchos miembros del gimnasio por lo tanto se "preformaron" en la calle en el arte de la defensa personal, si no por gusto personal, por necesidad. En realidad, un buen número de ellos son viejos "peleadores callejeros" reconvertidos en boxeadores. "Solía pelear mucho cuando era chico, de todos modos", relata Mitch ", mi padre decía , viste, 'si vas a pelear,¿por qué no te vas a un gimnasio donde vas a aprender, viste , a la vez ganas un poco de dinero, ir más allá y hacer algo"... en vez de estar en la calle viste, pelear para nada". Es decir, que los jóvenes que crecieron y viven en el ghetto de ahora, muy pronto, se acostumbran a una serie de comportamientos abusivos de las más variadas y aparentemente anárquicas formas de violencia física y económica, que la violencia controlada del boxeo no puede sino palidecer.

## "Otro mundo distinto"

En contraste con este ambiente hostil, y a pesar de su escasez de recursos, el Boys and Girls Club constituye una *isla de estabilidad y orden en que las relaciones sociales prohibidas en el exterior, se convierten en posibles*. El gimnasio ofrece un sitio relativamente cerrado para una sociabilidad protegida, donde uno puede encontrar un respiro de las presiones de la calle y el ghetto, un mundo en el que los acontecimientos mundiales rara vez impactan o tienen poco impacto (la guerra contra Irak fue ignorada prácticamente). Este cierre colectivo, que limita con la claustrofobia, es lo que hace que la vida sea posible en el gimnasio y va en gran medida a explicar sus atracciones.

Puedo ir al gimnasio y encontrar la paz. Puedo relajar mi mente. . . no me tengo que preocupar por las cosas de la calle aquí en el gimnasio, porque mi cabeza está en una cosa y mi cabeza está bien y está haciendo algo que me gusta en realidad y que me va bien. Al llegar al gimnasio, es como que estoy en una *nueva atmósfera diferente*, un lugar diferente". Es como un nuevo mundo para mí, es la razón por la que mi sangre, no se lo que es, es justo en mi sangre, es como si hubiese nacido en el gimnasio. . . El gimnasio es como tener otra familia. Como he dicho, el gimnasio es *otro mundo distinto*. (26, profesional, repositor)

Podes ir allí y sentirte bien con vos mismo. Como he dicho, sentirte *protegido y seguro*. Vos allí, ah, estás bien - es como una segunda familia. Sabes que podes ir allí por apoyo. . . Si te sentís deprimido, alguien estará ahí para levantarte. Es decir, sacar tu frustración dándole a las bolsas. Entrar allí y hacer sparring, podría ser que te hubieras sentido deprimido a la hora de entrar, pero luego, esto hace que te sientas mucho mejor (19, aficionado, todavía en la escuela secundaria)

Un miembro de mayor edad del club, cuya carrera profesional finalizó prematuramente por una lesión en la mano, explica qué es lo que hace ir al gimnasio entre uno de sus empleos y el otro: "Me gusta ver como los chicos entrenan y hacen algo positivo con su vida, quemar la energía de una forma en que no los va a meter en problemas y que estén fuera de las pandillas y las drogas y la cárcel que los rodea, *porque en el gimnasio hacen algo por ellos mismos, que es realmente bueno de ver*" (entrevista, Agosto de 1991).

El gimnasio funciona en la forma de un amortiguador frente a las (a menudo ilícitas) atracciones y peligros de la vida del ghetto. No es raro oír decir que un boxeador que pasa más tiempo en el gimnasio, se da menos tiempo a la calle. Muchos atletas profesionales voluntariamente confiesan que, si no fuera por el descubrimiento del boxeo, lo más probable es que se hubieran convertido en criminales o delincuentes; numerosos boxeadores conocidos (Sonny Liston, Floyd Patterson y Mike Tyson, entre otros) aprendieron su oficio en la cárcel o en instalaciones correccionales. Pinklon Thomas (citado en Hauser, 1986, pp. 186), un ex campeón de pesos pesados de la WBC, una vez confesó: “el boxeo me saco de un agujero y me hizo una buena persona. Sin él, estaría vendiendo heroína, muerto, o en la cárcel.” “Varios participantes de la edición de 1989 del torneo Guantes de Oro de Chicago no dudan en mencionar esto en la biografía que acompaña a su imagen en el programa oficial del torneo: "Vaughn Bean, 16, 5'11", 178 libras peleaba en representación del San Valentín Boys Club y había estado boxeando desde hacía 1 año. Él era un novato de la escuela Calumet a donde fue llevado por su hermano a boxear para mantenerlo alejado de los problemas". Los miembros del Stoneland Boys Club acuerdan:

Q: ¿Dónde estarías hoy si no te hubieses encontrado con el boxeo?

A: Eh, por ahí en la cárcel, muerto o en la calle empujando una botella. [¿De verdad?] Sí. "por esa presión de los compañeros, yo a los quince o dieciséis mas o menos, daba vueltas con los pibes malos, buscando entrar y, viste, no ser como ellos dicen, un Punk, un culo sucio<sup>5</sup>, viste, no dejando matonearse en la calle y eso. Viste, es la presión de los pares que cada adolescente atraviesa en esa edad, ¿entendés a lo que me refiero? Asegurate de ser aceptado por el grupo que te rodea en el barrio o la comunidad. (29, profesional, portero)

Yo creo que si no fuera por el gimnasio podría estar haciendo algo que no quisiera hacer, ¿sabes? Es bueno, el gimnasio me ayudó mucho. [Como?] Como vos sabes, probablemente estaría matando gente, viste, drogas – cualquier cosa: nunca sabes! Uno nunca sabe lo que tiene el mundo. [El gimnasio te ha sacado de eso?] Sí, totalmente. [Te sentís protegido en el

---

<sup>5</sup> Un "culo sucio", una subcategoría de los “idiotas”, es alguien socialmente inexperto, demasiado joven (literalmente o emocionalmente) “para cuidar de los negocios” a pesar de que “puede intimidar o meter miedo, si sabe qué hacer o cómo actuar...” “Él esta tan verde todavía, no saben mierda! Todavía en pañales... La mamá no le enseñó lo suficiente. Le dejo salir a la calle demasiado chico ' "(Folb, 1980, p. 39).

gimnasio?] Sí, el gimnasio me saca de la mente un montón de cosas, sabes, sobre todo- cuando tenés problemas, viste, llegar al entrenamiento, es como si *pusieras tu mente en blanco*. (24, profesional, con el apoyo de su manager)

Creo que lo mejor que hice es haber cambiado mi estilo de vida, porque he visto a muchos de mis amigos heridos o muertos por las cosas que estaban haciendo. He dicho, antes de [que] me suceda a mí, tengo que cambiar mi vida y la idea de que [que no puedo seguir así] no puedo seguir en la calle y eso. Estaba en mí. ¿Qué es lo que quiero hacer en la vida? Sabes. El gimnasio me mostró que podía hacer algo. El gimnasio me muestra que puedo hacer mi propia vida. El gimnasio me mostró que yo puedo hacer otras cosas *que tirar tiros, usar drogas, robar a la gente o apalearla, o vivir en la cárcel*. (26, Profesional, repositor)

Como un escudo protector contra los riesgos y tentaciones mundanas, el gimnasio no es sólo el lugar de una rigurosa formación del cuerpo, es también el lugar y el apoyo de lo que Georg Simmel (1949) llama "sociabilidad", es decir, los procesos puros de asociación que son un fin en sí mismos, formas de interacción social carentes de contenido y fin significativo. Esto es posible por el código tácito, según el cual los miembros no llevan al gimnasio sus obligaciones y los problemas del afuera, ya se trate del trabajo, la familia o el amor. Las "reglas de relación" definen al gimnasio como un "sistema de actividad" (Goffman, 1961, pp. 19, 8), que tiende a despojar al boxeador de todos los estados exteriores y excluir todas las cuestiones y valores que no están directamente relacionados con sus fines atléticos. Todo tiene lugar como si un pacto tácito de no agresión rigiera las relaciones interpersonales y descartara cualquier tema de conversación que pusiese en peligro esta "asociación de reglas de juego" obstaculizando el buen funcionamiento diario de interacciones individuales, y, por ende, poniendo en peligro la sub-cultura masculina específica que perpetúa el gimnasio (al igual que en la clase trabajadora irlandesa descrita por Zola [1964] en su estudio de los juegos de azar). No es sorprendente que los temas de conversación favoritos sean el boxeo y otros deportes, con una marcada preferencia por los "deportes rudos" (los juegos de los Osos de Chicago, el equipo de fútbol, son mucho más comentados que los del equipo de baloncesto Chicago Bulls). La política es tocada muy rara vez; cuestiones de "raza" son abordadas a veces, pero es poco probable que conduzca a desacuerdos dada la homogeneidad del gimnasio en este sentido; la delincuencia es un tema de conversación,

como si se tratara de un componente banal de la vida cotidiana. La mayor parte de “las conversaciones” giran en torno a los problemas de "dar el peso" los días de sesiones de sparring, y diversas sutilezas técnicas del deporte, consejos y sugerencias son intercambiados continuamente; combates de boxeo, locales y nacionales, son ávidamente analizados en profundidad.

En el transcurso de esas conversaciones interminables, el entrenador Richie y los miembros de más edad del gimnasio revelan un conocimiento casi enciclopédico de los nombres, los lugares y los eventos que componen el folclore pugilístico. Las luchas más destacadas de la historia, sobre todo las locales, se evocan con frecuencia, como los éxitos y los reveses de los boxeadores cuando se encuentran en la cima o en el ocaso. A través de un deliberado cambio de la jerarquía oficial de valores, los grandes enfrentamientos televisados (por ejemplo, Leonard vs Hagler o Holyfield o Foreman) son menos apreciados que los enfrentamientos locales, y los nombres mencionados en las cadenas de chismes del gimnasio, incluyen boxeadores mucho menos conocidos que los de los boxeadores famosos de los medios de comunicación o los reconocidos por el público en general. Las conversaciones indiferentemente van y vienen entre el boxeo y las historias de la calle, las peleas, el tráfico oscuro y las estafas y delincuencia callejeras, de la que todo el mundo parece poseer un amplio repertorio. Bajo este punto de vista, “la oficina de Richie” (una pequeña trastienda adornada con viejos carteles y fotografías de boxeo que se ve desde el gimnasio a través de una gran ventana) funciona a la forma del *salón Parisino*, como el lugar donde cada uno puede dar fe de su excelencia en la manipulación del capital cultural específico, a saber, el conocimiento pugilístico y la “calle”, y mostrar su dominio del código informal del ghetto y su *demi-monde*.

La importancia de estas conversaciones mundanas de gimnasio no debe pasarse por alto. Para ellos son un ingrediente esencial del "currículo oculto" del gimnasio: éstas, indiferentemente, enseñan a los boxeadores la tradición del juego. En forma de historias, chismes, anécdotas de peleas y otros cuentos callejeros, los impregnan con los valores básicos del universo pugilístico, muchos de los cuales son los mismos que anclan la cultura callejera del ghetto (1970; Folb, 1980; Kochman 1974; Jankowski, 1991): una combinación de solidaridad de grupo e individualismo desafiante, tenacidad y coraje físico ("corazón"), un compromiso ineludible con sentido de honor masculino, y un expresivo énfasis en el rendimiento y estilo personal.

## Los "Pibes que Vencieron a la Calle"<sup>6</sup>

Se acepta en general, aunque sin mucho apoyo en los datos, que la gran mayoría de los boxeadores vienen de las clases populares (Weinberg y Aron, 1952d; Hare, 1971; Sugden, 1987). Así, en Chicago, el predominio primero de los irlandeses, después de los Judíos de Europa Central, los Italianos y los negros, y últimamente el aumento de los latinos refleja fielmente la sucesión de estos grupos en la parte inferior de la escala social. El recrudescimiento de los combatientes de la chicana (y la fuerte presencia de los puertorriqueños) en esta última década, que incluso una encuesta ocasional del programa anual del torneo Chicago Golden Gloves hace inmediatamente evidente, resulta directamente de la masiva afluencia de inmigrantes mexicanos en las regiones más bajas del espacio social de la región central. Un proceso similar de "la sucesión étnica" puede ser observado en los otros grandes mercados de boxeo del país, la zona New York-New Jersey, Florida, y el sur de California.

Es necesario subrayar, sin embargo, que, contrariamente a una opinión generalizada, que cuenta con el respaldo de los mitos nativos de los "boxeadores hambrientos" (1955) y revalidado periódicamente por la selección de los medios que atienden a las más "exóticas" figuras del deporte como "matones" y ex reclusos, los boxeadores, en su mayoría, no proceden de las más desposeídas fracciones del ghetto sub-proletario, sino más bien de las *fracciones minoritarias de la clase obrera que lucha en el umbral de la estabilidad socio-económica*. Esta (auto) selección, que tiende a relegar a los más excluidos, no opera a través de la limitación de recursos financieros, sino a través de la mediación de la integridad física y moral de las disposiciones que están dentro del alcance de estos dos segmentos de la población negra. No existe una barrera económica directa para hablar de boxeo: las cuotas anuales para inscribirse en el Club Boys Stoneland ascienden a 10 dólares; es obligatoria la licencia de la Federación de Boxeo Amateur, otros 12 dólares mas de gasto al año y todo el equipo necesario es gentilmente prestado por el club (con la excepción del protector bucal y vendas que se pueden comprar por menos de 10 dólares en las tiendas de deporte que los poseen).<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Título inspirado en el lema de los Chicago Boys and Girls Club que caracteriza al Stoneland: "El Club que Vence a la Calle" (folleto del club).

<sup>7</sup> Los gimnasios del Distrito Parque Municipal son aún menos costosos; otro gimnasio profesional en Chicago requiere pagos mensuales de 5 dólares para los aficionados y 20 dólares para los profesionales, pero permite muchas licencias. Cuotas superiores no son desconocidos (por ejemplo, 55 dólares por trimestre en el Gimnasio de Boxeo Somerville en el suburbio de Boston; 50 dólares al mes en el gimnasio Tenderloin en San Francisco).



Los jóvenes de las familias más desfavorecidas son eliminados por la falta de hábitos e inclinaciones objetivamente exigidas por el pugilismo: para convertirse en un boxeador se necesita una regularidad en la vida, un mínimo sentido de la disciplina (sobre todo puntualidad), un ascetismo físico y mental que no puede echar raíces en las condiciones sociales y económicas empañadas por la extrema inestabilidad y desorganización temporal. Por debajo de un determinado umbral de constancia personal y familiar, es muy poco probable la adquisición de un mínimo de disposición física y mental necesaria para soportar con éxito el aprendizaje de este deporte.<sup>8</sup>

Un análisis preliminar del perfil de los 27 luchadores, 25 de ellos negros y con un rango de edad de entre 20 y 37 años, que actuaron entre el verano y el otoño de 1991 en los tres principales gimnasios de Chicago, confirma que los boxeadores profesionales están, en general, por encima del escalón económico inferior entre la población masculina de la ciudad. Sólo un tercio de ellos creció recibiendo ayudas públicas y el 22% se encuentra actualmente sin trabajo, el resto es empleado o percibe un “sueldo semanal” de su manager. Trece de ellos (el 48%) han asistido a un colegio estatal (aunque sólo sea por un corto tiempo y con poca o ninguna educación y beneficios económicos para demostrarlo), uno de ellos ha obtenido un grado de Asociado, y otro una licenciatura. Sólo entre el 3% y el 11% no se graduó de la secundaria y un 48% tienen una cuenta bancaria. Para hacer una comparación: entre los hombres de 18 a 45 años que viven en el Lado Sur de Chicago y ghettos del lado Oeste, el 36% han crecido sobre la ayuda social, 44% no tienen un empleo, la mitad no han terminado su educación secundaria, y sólo el 18% tiene una cuenta corriente (Wacquant y Wilson, 1989, pp. 17, 19, 22). Por tanto, la educación, el empleo, la situación económica y profesional de los pugilistas es algo superior a la media de los residentes del ghetto. Lo más característico de sus antecedentes es que ninguno de sus padres recibió más que una educación secundaria y casi todos poseían trabajos típicos de la clase trabajadora (con la excepción del hijo de un empresario blanco rico de los suburbios). Y la vaga evidencia sugiere que el reclutamiento social de los boxeadores crece ligeramente, en vez de descender, como uno suba en la escalera pugilística, posiblemente por las razones aducidas anteriormente: “La mayoría de mis muchachos”, dice el veterano entrenador y fundador

---

<sup>8</sup> La falta de disciplina interna, se deberá compensar con la verdaderamente excepcional agresividad, proeza física, y la “dureza” en el ring. Esos combatientes, sin embargo, tienden a “quemarse” antes de tiempo o dejan su potencial sin desplegarlo. Un prodigio del boxeo como el ex tres veces campeón mundial Wilfredo Benítez, el hijo de un puertorriqueño cortador de la caña de azúcar, es un buen ejemplo de ello: a pesar de que se convirtió en profesional a los 14 años y fue campeón mundial a los 17 años, su falta de entrenamiento y disciplina alimenticia cortó su carrera en la mitad de su potencial.

del mundialmente reconocido Gimnasio Kronk en Detroit Emanuel Steward, “contrariamente a lo que la gente piensa, no son pobres. Proceden de las zonas buenas de todo el país” (en Halpern, 1988, p. 279).

Lejos, entonces, de pertenecer a esa desorganizada y desocializada “clase peligrosa”, designada así por la inundación de los últimos discursos sobre la consolidación de una “subclase” negra supuestamente aislada de “la sociedad” (Auletta 1982, Jencks and Peterson 1991). Todo tiende a indicar que la mayoría de los boxeadores profesionales proceden de clases obreras tradicionales y están tratando de mantener o recuperar este precario estado, entrando en lo que ven como un mercado especializado, muy apreciado por su entorno inmediato, y con gran potencial de ganancias. La mayoría de los adultos en el Club Boys están empleados (aunque sólo sea a tiempo parcial), como portero, metalúrgico, asistente de estación de servicio, de mensajería, albañil, instructor de deportes, repositor, bombero, consejero de jóvenes en un centro de detención, o seguridad en el negocio de comidas Jewel. Seguramente, estos asuntos, en la mayoría de la clase trabajadora, son tenues, estos puestos de trabajo son por lo general inseguros y mal pagados y no eliminan la necesidad de delincuencia crónica para llegar a fin de mes (Valentine, 1978). Acá creo que iría punto aparte hay un contingente de luchadores profesionales que sí provienen de los niveles más bajos de la sociedad, es decir, de las grandes familias, encabezadas por mujeres que son mantenidas con las ayudas públicas, y que se alojan en proyectos de vivienda pública, estigmatizados por la mayor parte de la juventud y plagada de desempleo casi permanente. Pero no son la mayoría, ni son los más exitosos competidores en el campo pugilístico. Además, si bien tienen ingresos mediocres y rechazan la educación, esto no los diferencia notablemente de la masa de residentes de la misma edad del ghetto, al contrario, los boxeadores parecen vivir más a menudo con su esposa o novia y los niños que los últimos, y tienen la importante distinción de pertenecer a por lo menos una organización formal -el gimnasio de boxeo-, mientras que la abrumadora mayoría de los habitantes de los barrios céntricos de la ciudad no pertenecen a ninguna (con la excepción parcial de los pocos residentes de clase media, cf. Wacquant y Wilson, 1989, p. 24).

La inscripción de los Boys Club de Stoneland fluctúa marcadamente durante meses. En algún momento del año, entre 100 y 150 hombres, jóvenes y no tan jóvenes (el más antiguo miembro del club está a mediados de sus 50 años, el más joven tiene 12 años) se inscribe por un período de 12 meses, pero la mayoría de ellos se quedarán no

más de unas semanas, ya que encuentran el entrenamiento demasiado exigente para su gusto. Una tasa de deserción del 90% es común para un gimnasio de boxeo. La mayor cantidad de gente asiste en el invierno, justo antes del torneo Golden Globes (cuyas rondas preliminares tienen lugar a principios de febrero de cada año) y en el final de la primavera. Un núcleo compuesto por una veintena de “habitues”, que incluye un círculo de ocho miembros más antiguos, la mayoría de ellos profesionales que entraron al deporte, juntos, constituye la columna vertebral de este cambio de composición. La mayoría de los que entrenan habitualmente compiten oficialmente en la división de aficionados o profesionales. Otros vienen al gimnasio principalmente para mantenerse en forma física, para permanecer en contacto con amigos de boxeo, o para aprender técnicas de defensa personal. Además de los combatientes y de los entrenadores, muchos viejos ex pugilistas vienen a charlar con Richie, pasando innumerables horas en la trastienda sin ventanas recordando los viejos tiempos, cuando “los boxeadores eran boxeadores”.

La división más importante entre los miembros es aquella entre aficionados y profesionales. Los boxeadores amateur y profesionales, son estructuralmente interdependientes y están estrechamente vinculados, pero aún están muy remotamente alejados en cuanto a la experiencia. Los boxeadores pueden pasar años como aficionados y, sin embargo, saber bastante poco acerca de los factores y las tradiciones que dan forma a la carrera de sus compañeros profesionales (sobre todo en sus aspectos económicos). Además, las diferencias en las normas y los reglamentos son tan grandes como para que los aficionados y profesionales pertenezcan casi a dos deportes diferentes: para simplificar, en el primer caso (amateur), el objetivo es acumular puntos por tocar a su oponente en ráfagas rápidas (y el árbitro tiene amplias facultades para poner fin a la contienda antes de que uno de los boxeadores sea visiblemente lastimado), en el otro (profesional), debe herirse al oponente mediante duros golpes. Como un experimentado entrenador de otro gimnasio comentó: “en el boxeo profesional, viste, lo más seguro es que te noqueen de un piña, viste. Deporte bruto, hacerte profesional, es un deporte bruto - no es un juego. Como amateur, te divertís. Los profesionales, están buscando matarte.” La abrumadora mayoría de los boxeadores aficionados no cruzan la barrera de los profesionales, ya que este último grupo es un (auto) grupo selecto, y un número mínimo es propicio para el éxito en la transición hacia el profesionalismo.

Numerosas distinciones adicionales se han extendido dentro de cada una de estas clases, que se refieren a las tácticas y el estilo: boxeador (o estilista), camorrero o

pegador, contragolpeador, "animal", etc. Más allá de estas distinciones, la cultura del gimnasio es conscientemente igualitarista, en el sentido de que todos los participantes son tratados por igual, básicamente e independientemente de su condición y objetivo, todos ellos tienen los mismos derechos y los mismos deberes, en especial el de "trabajo" duro en su negocio y que muestre un mínimo de valentía sobre el ring cuando sea necesario. Es cierto, los que tienen su entrenador personal tienen más atención y los profesionales pasan por una más estructurada y exigente sesión de ejercicios. Pero Richie está tan interesado en enseñarle a un novato de dieciséis años de edad, que aparece después de una semana, la forma de lanzar un gancho de izquierda, que en el pulido de los movimientos defensivos de un veterano del ring. Sea cual sea el nivel de habilidad pugilística, el que "paga sus cuotas" es aceptado como un miembro de buena fe del club.

Huelga decir que todos los miembros son hombres: el gimnasio es *un espacio esencialmente masculino* en el que la invasión de las mujeres es tolerada siempre y cuando sean incidentales. Aunque no formalmente, una barrera bloquea su participación –algunos entrenadores incluso verbalmente han negado reticencia alguna al boxeo femenino<sup>9</sup>– las mujeres no son bienvenidas en el gimnasio, porque su presencia física simbólicamente, sino efectivamente, altera todo el universo pugilístico (Wacquant, 1991b). Sólo en circunstancias especiales (por ejemplo, antes de un "grandes luchas" o justo después de una victoria decisiva) las novias o esposas de los combatientes pueden asistir a la sesión de entrenamiento de su hombre. Cuando lo hacen, siempre permanecen en silencio, sentadas, inmóviles, en las pocas sillas a cada lado del ring, y por lo general caminan cuidadosamente por las paredes a fin de evitar ocupar el "piso", aun cuando este último no está siendo ocupado. Por supuesto, no se debe interferir en modo alguno con el régimen de entrenamiento -salvo para ayudar en casa cuidando de las tareas cotidianas, cocinar alimentos especiales, y proporcionando apoyo emocional e incluso financiero. En Stoneland, si una mujer está presente, a los boxeadores ni siquiera se les permite salir del vestidor con el torso desnudo, o utilizar la escalera que se

---

<sup>9</sup> Hay excepciones a la regla: durante mi estancia en el gimnasio había una mujer kick-boxeadora entrenado en Stoneland, pero tenía una relación especial con el boxeador "estrella". Mi prometida trabajó allí durante varios meses y pasó mucho tiempo en el gimnasio, pero se sentía más comfortable durante "horas libres", y también ha desarrollado un estrecho vínculo personal con el director técnico (por ser francesa y "la esposa del sociólogo" Dos importantes factores atenuantes.) Una conocida boxeadora profesional entrena en un gimnasio de Chicago, pero en horas separadas a los hombres. El cierre genérico del universo pugilístico está muy reafirmado en las reacciones a la entrada de una mujer etnógrafo en un gimnasio de boxeo de San Francisco (Mosca, 1991).

encuentra en la trastienda -como si los cuerpos semi-desnudos de los hombres no podrían ser vistos “en el trabajo”. En el ring, pero no “en reposo” en el detrás de escena del negocio. En otro gimnasio, el entrenador recurre al siguiente método para mantener lejos a las mujeres: por primera vez advierte a sus boxeadores no traer su “niña” al gimnasio, si lo hacen, se les hace pelear con un boxeador mucho más fuerte que ellos mismos así reciben una paliza en el ring. En otro gimnasio, una zona aparte, cerrada por un gran muro, está formalmente reservada para los visitantes, durante la práctica, este es utilizado únicamente por mujeres. En el famoso gimnasio Top Rank en Las Vegas, a las mujeres les está explícitamente prohibida la entrada por reglamento.

A medida que avanzan en el deporte, algunos boxeadores se encuentran cómodos permaneciendo “dentro del “gimnasio”, donde ellos entrenan más o menos frecuentemente, y participan de vez en cuando en un torneo, otros, en cambio, deciden seguir adelante en la competencia, incursionando en el circuito de aficionados antes de convertirse en profesionales. La diferenciación entre el boxeador no competitivo y el pugilista de pleno derecho se hace visible por los gastos que hace cada uno para adquirir su equipo, y la utilización de un armario en forma permanente. Sólo los luchadores competitivos entrenan con sus propios guantes (de los que por lo general poseen varios pares desgastado que acumularon a lo largo de los años), su propio casco, su propia cuerda, la cual mantiene bajo llave en un armario propio. La compra de botas de boxeo (que cuestan alrededor de 35 a 60 dólares) y, más aún, de un casco de sparring (60 dólares mínimo), rara vez deja de ser una señal de compromiso a largo plazo con la competencia. La vestimenta de los atletas es también un buen indicador de su grado de participación en el deporte, aunque es más fácil de manipular y, por tanto, menos fiable: la empresa Ringside, suministra el equipo de boxeo por correspondencia, vende camisetas, pantalones cortos y buzos de entrenamiento a precios módicos. En suma, la inversión en los suministros de entrenamiento en general, proporciona una medida confiable de la inversión moral y física en el campo pugilístico.

Hemos visto como el medio ambiente de la ciudad y las características específicas de la cultura de la calle predisponen a los jóvenes a interpretar el boxeo como una actividad significativa y valiosa que ofrece un marco para promulgar valores fundamentales del espíritu masculino. Bajo ese ángulo, el gimnasio y el ghetto permanecen en continuidad. Sin embargo, una vez en el gimnasio, esta relación se rompe por la disciplina espartana que han de obedecer los boxeadores, que aprovecha las cualidades de la calle y redirecciona la búsqueda de objetivos diferentes, más

rigurosamente estructurados y distantes. Lo primero que siempre los entrenadores enfatizan es lo que se supone que no debes hacer en el gimnasio. El entrenador asistente de Stoneland ofrece la siguiente breve enumeración de los “no” del gimnasio “Maldecir. Fumar. Gritar. La falta de respeto a las mujeres, la falta de respeto por los entrenadores, la falta de respeto por los demás. No rencor, no fanfarronear.” A los que podría añadirse una serie de pequeñas, a menudo implícitas reglas para la formación de una red perfectamente tejida de las restricciones que convergen para pacificar el comportamiento en el gimnasio: está prohibido introducir alimentos o bebidas en el club, hablar durante el entrenamiento, descansar sentado a un lado de las tablas, alterar la secuencia de los ejercicios (por ejemplo, iniciar un entrenamiento saltando a la cuerda en vez de estirar y hacer sombra). Es obligatorio llevar calzoncillos bajo la toalla al salir de la ducha y secar la ropa cuando se sale del gimnasio. No usar los equipos en una forma no convencional, tirando golpes contra objetos; no se puede hacer sparring si uno no está totalmente equipado para ello, o peor aún empezar o simplemente fingir una pelea fuera del ring. En efecto, tales incidentes son tan raros que son recordados por todos, muy en contraste con la rutina de los sucesos de violencia callejera.

La mayoría de las “normas internas” implícitas del club son visibles sólo en la conducta y comportamiento de los habitues que progresivamente se han interiorizado y por las cuales se les ha llamado la atención sólo cuando han sido violadas<sup>10</sup>. Los que no logran asimilar este código de conductas no escritas son rápidamente despedidos o Richie les aconseja la transferencia a otro gimnasio. En total, como voy a demostrar más adelante, el gimnasio funciona en la forma de una institución cuasi-total que regimienta por completo la existencia del luchador -su uso del tiempo y el espacio, la gestión de su cuerpo, incluso el estado de su mente-. Tanto es así que los boxeadores con frecuencia lo comparan con estar en el ejército:

En el gimnasio, aprendes disciplina, autocontrol. Aprendes que te tenes que ir a la cama temprano, despertarte temprano, hacer tu hoja de trabajo, cuidar de vos mismo, comer los alimentos correctos. Eh, tu cuerpo es una máquina, tenes que estar bien preparado. Se aprende a tener control en las calles, la vida

---

<sup>10</sup> En la mayoría de los otros gimnasios que he visitado, los reglamentos son más claramente expuestos, en forma de una lista de normas publicadas en la puerta de entrada o en una pared, o colgado del techo para que todos las vean. Cuanto más inestable y socialmente dispersos son los miembros del club, más explícito es el reglamento.

social. Te da una *mentalidad de soldado de ejército*, y eso es realmente bueno para la gente. (31, bombero, profesional)

El pibe promedio que entrena en este gimnasio, hombre o niño, madura, mirá, el 85 por ciento; 85 por ciento más que si estuviera en la calle. Porque se lo disciplina para tratar de ser un joven hombre, para tratar de tener espíritu deportivo, presencia en el ring, viste, eh, no sé (hace gestos con sus manos)... Es más como: podría sentarme aquí y darte una lista de directivas, viste, pero [podrías] romperlas: es como funciona *en el ejército*, te muestra cómo ser *un caballero*, y a aprender a *respetar*. (29, Profesional, portero)

*Así, el gimnasio se define a sí mismo en una relación de simbiótica oposición en torno al ghetto circundante: al mismo tiempo que recluta a sus residentes y se basa en su cultura masculina de la dureza, la proeza física y rendimiento corporal, permanece en oposición a la calle, como la regulación de las pasiones individual y colectiva está opuesta a la anarquía pública y privada, como la constructiva - desde el punto de vista de la vida social y de la identidad del luchador- y controlada violencia estrictamente ejercida por la policía está opuesta a la violencia aparentemente carente de razón de los enfrentamientos sin límites e imprevisibles simbolizados por la creciente delincuencia y el tráfico de drogas que infestan el barrio.*

## **EL BOXEO COMO UN “ARTE SOCIAL”**

Si el sello de la práctica es, como Bourdieu (1990) sostiene, que siga “una lógica que se despliega directamente en la gimnasia corporal” sin la intervención de la conciencia discursiva y la explicación reflexiva, es decir, mediante la exclusión de la contemplativa y destemporalizante postura de la mirada teórica, entonces pocas prácticas se puede decir que sean más “práctica” que el boxeo. La mayoría de las normas del arte pugilístico se reducen a movimientos corporales que sólo pueden ser aprehendidos en la acción y que la colocaron en el borde mismo de lo que puede ser comprendido intelectualmente. Además, el boxeo consiste en una serie de intercambios estratégicos en el que los errores se pagan, a la vez, con la fuerza y la frecuencia de los golpes recibidos (o el “castigo” recibido en la jerga pugilística) en la pelea, como por la instantánea evaluación de la ejecución: La acción y su evaluación son confusas y las correcciones reflexivas son, por definición, excluidas de la actividad. Esto equivale a decir

que no se puede construir una ciencia del “arte social” del boxeo - es decir, "pura práctica sin teoría", como Durkheim (1956, p. 78) la define -sin someterla a una iniciación práctica. Para entender el universo del boxeo se requiere sumergirse uno mismo, aprenderlo y experimentarlo desde adentro. La comprensión del objeto es aquí una condición necesaria para un adecuado conocimiento del mismo.

La cultura del boxeador no es formada por una cantidad finita y discreta de información y de modelos normativos, que existan con independencia de su aplicación y pueden ser transmitidos mediante alguna secuencia lógica, que se auto fortalezca. En lugar de ello, se forma de un difuso complejo de posturas (físicas y mentales) y movimientos, que están continuamente re-producidos en y mediante el funcionamiento en el gimnasio y sólo existen *en la acción*, así como en las huellas que deja esta acción dentro de (y en) el cuerpo. El conocimiento pugilístico consiste en un conocimiento práctico compuesto de esquemas que son completamente immanentes a la práctica. De ello se desprende que la inculcación de las disposiciones que hacen que el boxeador se determine por sí solo en un proceso de construcción del cuerpo, en una (re) socialización de la fisiología en el que “la función del trabajo pedagógico es sustituir lo salvaje del cuerpo... Un órgano "habitado", es decir, temporalmente estructurado” (Bourdieu, 1972, p. 196) y físicamente remodelado de acuerdo a las demandas específicas del campo.

### **Una conducta sin fin**

El entrenamiento del boxeador es una intensa y exigente disciplina -más aún en este caso, dado que el Stoneland Boys Club se encuentra entre los mejores de la ciudad y el entrenador es firme y disciplinado. Tiene por objeto la transmisión, de manera práctica, de un dominio de prácticas corporales, visuales, mentales y de esquemas del boxeo fundamentales. No es por nada que el personaje más sorprendente de la sesión de entrenamiento sea su repetitiva, despojada, ascética calidad: sus diferentes fases se repiten hasta *el hartazgo*, día tras día, semana tras semana, sólo con variaciones apenas perceptibles.

Entre las más frecuentes tergiversaciones de la dulce ciencia, está la idea de que la formación profesional de los boxeadores consiste fundamentalmente en golpearse unos a otros hasta terminar idiotas. De hecho, los pugilistas pasan sólo una pequeña parte de su tiempo total de preparación frente a un oponente -o un compañero: la importancia de la distinción se hará más patente luego- en el ring. Gran parte de la sesión



de entrenamiento no consiste en “trabajo en el ring”, sino de “trabajo de suelo” y “trabajo de tablas”. Los miembros del Boys Club entrenan en el gimnasio, en promedio, de cuatro a cinco veces por semana, a veces más (los luchadores profesionales entrenan casi todos los días). El entrenamiento típico, que puede durar de 45 a 90 minutos o más, está formado por los mismos cinco elementos básicos que cada boxeador dosifica a su gusto y necesidades del momento: sucesivamente, sombra, “golpear las bolsas”, puchingball, salto a la cuerda y abdominales. Una típica sesión de ejercicios pueden incluir cinco rounds de “sombra” frente al espejo, y tres más de trabajo de movimientos y combinaciones en el ring frente a un oponente imaginario; tres rondas sobre una bolsa pesada, uno en la bolsa doble y otro en la bolsa uppercut; tres rounds de velocidad y coordinación mano-ojo en la bolsa de velocidad y otros tres de cuerda antes de cerrar la sesión con abdominales, pectorales, tracciones de cuello con un casco cargado, y otros varios ejercicios calisténicos. A falta de sparring, se puede “trabajar en las almohadillas” (disparando puños hacia guantes acolchados en poder de un entrenador que se mueve en el ring simulando a un oponente, variando los ángulos y la altura de las almohadillas y pidiendo combinaciones específicas) o fortalecer los músculos del estómago con un compañero que le golpee repetidas veces en el vientre con una bola medicinal o con guantes especiales. Añádase a esto un exigente régimen diario de “trabajo de ruta”: los boxeadores profesionales del Boys Club deben ejecutar un promedio de tres a cinco millas al día, seis días a la semana (tres días trotan, un día de descanso, y así sucesivamente).

Los pugilistas profesionales han sido a menudo comparados con los artistas. Una analogía más adecuada miraría mejor hacia el mundo de la fábrica o el taller artesanal (Wacquant, 1991a, pp. 16-17). Aprender el arte masculino es muy similar a un repetitivo y, sin embargo, delicado, trabajo manual. Los boxeadores consideran al entrenamiento como un trabajo –“es un trabajo que tengo que hacer”, “tengo que hacer mi tarea”, “es como tener un segundo trabajo”- y a su cuerpo como su herramienta. Sabiendo eso, la condición es fundamental para el rendimiento, ellos trabajan duro en el gimnasio para entrar en el ring de la mejor forma posible, con su técnica afilada y su ansiedad parcialmente disipada sabiendo que hicieron lo máximo antes de entrar al mismo: “La pelea se gana en el gimnasio”, dice un conocido proverbio del boxeo. La agotadora preparación puede ser tan desgastante que hace que el combate parezca fácil en comparación, y de hecho, algunos consideran al entrenamiento la faceta más dura de su negocio. La descripción del entrenamiento del campeón Joe Frazier en Plimpton's (1989,

p. 173) podría describir al de muchos luchadores anónimos del club: “Él es un alegre masoquista en el gimnasio, flagelándose a sí mismo sin tregua en la búsqueda de la resistencia que le hará olvidarse de la agresión del oponente... 'Yo trabajo tan duro en el campo, castigándome a mí mismo que luego, cuando llego a la realidad es mucho más fácil para mí. Cuando la campana suena, estoy preparado. Estoy encendido”.

Pero el sacrificio no termina en el gimnasio. La devoción monástica exigida por la preparación para un combate se extiende profundamente en la vida privada y social del boxeador. Para llegar a su peso óptimo de lucha, debe cumplir con una estricta dieta (evitar el azúcar y todos los alimentos fritos, comer carnes blancas y verduras al vapor, beber té o agua). Él está obligado a mantener horarios regulares e imponerse a sí mismo un temprano toque de queda para que su cuerpo descanse adecuadamente. Y sabe, desde el principio, que debe abandonar el contacto sexual con la mujer durante semanas, antes de la lucha, por temor a perder los fluidos corporales o diezmar tanto su fuerza física como su estado de resolución mental (Wacquant, 1991b). Esto, más que el entrenamiento, puede hacer de la vida de un profesional una existencia realmente dura, como se queja un welterweight de 24 años de edad, para quien el mayor sacrificio no es el entrenamiento en sí, pero:

Dejar la comida, las hamburguesas, las papas fritas, *no sexo* viste. Me gusta tomar cerveza, cerveza, viste, no cerveza Light, viste. Dedicación es cuando realmente buscas dentro de vos y vas por lo que quieres –tenes que decir “no mujeres este mes”, viste, y no hamburguesas. (A la sazón, de forma rápida, aumentando su voz a un tono febril, como si se sublevara en el mero pensamiento) ¿Sabes lo que significa no comer comida chatarra durante un mes, no coca o helado de chocolate o galletas? Es el infierno o no!?

Sin embargo, la monotonía del entrenamiento no excluye que sea placentero. Entre las diversiones del gimnasio están la amistad viril del club, expresada a través de sonrisas y miradas, conversaciones, los chistes y el aliento dado durante los “tiempos fuera”, o choques de mano (los boxeadores se saludan ritualmente entre sí con golpes de puños alternativamente desde arriba hacia abajo). El placer de sentir que el cuerpo alcanza su plenitud, de estar “a tono” y progresivamente adaptarse a la especificidad de la disciplina de boxeo es otra de las importantes recompensas. Además, el a veces

agudo sentimiento de plenitud que proporciona<sup>11</sup> el entrenamiento se convierte en recompensa cuando lleva a ejecutar un movimiento difícil u a obtener una victoria superando las propias limitaciones (como cuando uno supera la angustia de hacer sparring con un oponente difícil). Por último, los boxeadores saborean el hecho de que “compartimos la pertenencia al mismo pequeño gremio” conocido por su dureza física y el coraje. Gozan de la sensación de que “son diferentes de otras personas. Ellos son combatientes” (Bennett & Hamill, 1978). Una satisfacción que para los “habitués” del gimnasio es el orgullo por llevar parches de boxeo, camisetas y chaquetas que llevan la insignia del deporte.

Sí, eh, es casi como una eh, *cosa de hermanos*, ya sabes, todo el mundo es como un hermano. Ellos te ven haciendo algo malo, tratan de ayudarte, tratan de animarte, sabes. Ellos, eh, bromean siempre, hablan de si mismos, pero en fin, es entre amigos, sabes: todos en el gimnasio nos convertimos en amigos, entre todos. (Profesionales, 24, ex agente de telemarketing, ahora boxeador de tiempo completo en Atlantic City)

Me gusta el sonido al golpear la bolsa cuatro o cinco veces rápidamente, y luego mirar mi cuerpo trabajado, sintiendo estar en forma, la gente mirándome y viendo que tengo talento, que estoy haciendo algo para estar afilado y sacarle la cabeza a alguien. Eso es lo que me gusta. (Profesional, 31, bombero)

Un ex mediano, rankeado mundialmente, que recientemente se ha jubilado, decía esto: “El mejor recuerdo de mi carrera es... (Pensativo) *atarme un par de guantes*. [¿De verdad?] Sí, sí, un día cualquiera, en el gimnasio. El día a día. [¿Qué sensación te da?] Como si, llegara al orgasmo, sólo atarme de los guantes, sí. Porque sé que entro en el ring y es el momento de hacer ruido. Para una pelea, para entrenar, solo basta eso, los guantes” (entrevista, Agosto de 1991).

El boxeo se asemeja a la sociología, en que se trata de una práctica eminentemente exótica que tiene todas las apariencias de ser exótica. La aparente simplicidad de los movimientos del boxeador no puede ser más engañosa: lejos de ser

<sup>11</sup> Los boxeadores hablan de “un realce natural”, y comparan la sensación de la experiencia en el entrenamiento intensivo (o la lucha) a tener relaciones sexuales o un orgasmo. En el concepto de “a tono”, ver Csikszentmihalyi (1975) y Mitchell (1983, pp. 153-169) para un paralelo e interesante análisis de la gestión del riesgo y la incertidumbre en la experiencia de “a tono” entre los escaladores de montaña.

"natural" y evidente por sí misma, los golpes básicos (el gancho de izquierda, derecha cruzada, la mano derecha recta y los uppercuts) son difíciles de ejecutar adecuadamente y presuponen una minuciosa "rehabilitación" física, una verdadera reconfiguración de la cinética de la coordinación e incluso una conversión psíquica. Una cosa es entender y visualizar en el pensamiento, algo muy distinto es la realidad y, más aún, combinarlos en el calor de la acción. Casi un millar de condiciones deben cumplirse para que un golpe sea tirado perfectamente. Por ejemplo, un efectivo gancho de izquierda requiere, entre otras condiciones, la correcta colocación de los pies, las caderas, los hombros, y los brazos; uno debe "sacar" el brazo izquierdo en el momento oportuno, girar media vuelta la muñeca en sentido horario en el momento del impacto, pero no antes, y transferir el peso del cuerpo alternativamente sobre las piernas de atrás hacia adelante, teniendo todo el tiempo la mano derecha cerca del pómulo, lista para bloquear o defenderse del oponente. El dominio teórico es de poca ayuda, si el mismo no se traslada dentro del esquema corporal, y es sólo después de que ha sido asimilado por el cuerpo a través de interminables ejercicios físicos que constituyen infinitas "prácticas de incorporación" (1989) que convierten a un golpe en completamente inteligible intelectualmente. Existe, en efecto, *una inteligencia y una comprensión del cuerpo que va más allá -y viene de antes- del dominio visual y mental*. La experimentación corporal regulada del entrenamiento permite una "comprensión práctica" de las normas del pugilismo que permite prescindir de la necesidad de constituir su significado en la conciencia.

Para dar cuenta adecuadamente de este proceso imperceptible que nos lleva a participar e investigar -en el doble sentido de la economía y el psicoanálisis- en el deporte, del largo ascenso que tiene el aprendiz, del horror o la indiferencia inicial a la curiosidad y de ahí al interés pugilístico, e incluso al placer carnal, al deseo de "ir por el" al ring (*libido pugilística*), tendría que citar en detalle las notas tomadas a diario en el campo después de cada sesión de entrenamiento durante meses. Su redundancia permitiría comprender concretamente la exasperantemente lenta progresión que se produce, de una semana a otra, en el dominio de los movimientos, en la comprensión -la mayoría de las veces retrospectiva y puramente gestual- de la técnica pugilística, y la modificación que tiene lugar en la relación del individuo con el propio cuerpo. Esto también explicaría, imperfectamente, la naturaleza colectiva y global de la educación pugilística, en la que cada uno colabora en la enseñanza de todos los demás. Cada boxeador en actividad, es en todo momento, un modelo real o potencial a emular por sus pares ; incluso el propio entorno material -desde la pintura de tamaño real de Joe Louis

situada en la alta pared de la trastienda, a los coloridos carteles anunciando las peleas pasadas y venideras, así como los guantes desgastados, o las cuerdas y los cascos que están en la mesa del entrenador- ejercen una verdadera y sutil influencia educativa .

Sin embargo, lo que es más probable de eludir para el observador externo<sup>12</sup> es la extrema sensualidad de la iniciación al pugilismo. Uno tendría que recurrir a todas las herramientas de la sociología visual (Becker, 1981, Harper, 1988) o incluso a las de una *sociología sensual* que todavía no se ha inventado (la posibilidad ha sido propuesta por Katz [1988]) para transmitir el proceso por el cual el boxeador se ve orgásmicamente “envuelto” por el deporte, mientras éste los convierte progresivamente en sus boxeadores, quienes a menudo suelen usar metáforas relacionadas con la sangre y las drogas para explicar esta relación particular de *mutua posesión*. Porque es con todos los sentidos que uno se convierte al mundo del boxeo. Para dar a ésta proposición su pleno vigor, uno tendría que capturar y comunicar a la vez los olores (el embriagador olor a sudor y aceites, el olor al cuero de las bolsas y guantes); la cadencia del “estruendo” de los golpes contra las bolsas y el sonido de las cadenas de las que cuelgan, el ruido similar a una ametralladora de la bolsa de velocidad y el mas suave “tap-tap” de los pies galopando en el suelo de madera mientras hacen cuerda, o los chirridos que emite la lona del ring a medida que la pisan; el soplado rítmico de los combatientes, cada gemido, cada suspiro con ~~una~~ su manera característica, y especialmente, la sincronizada disposición de los cuerpos en el espacio del gimnasio, cuya sola visión es suficiente para producir efectos pedagógicos duraderos (Wacquant, 1989b, pp. 38-39, 58-61), sin olvidar la temperatura, cuya variación e intensidad no es menos relevante que las demás propiedades del gimnasio. Su combinación produce una especie de euforia sensual que es una dimensión clave de la educación del boxeador aprendiz.

Vengo porque me gusta venir a entrenar aquí. Odio no poder venir. Viste, igual que un médico que ama hacer una cirugía: tienes que estar ahí, es como un *incentivo natural*. No puedo explicarlo, es sólo un incentivo natural. Es como un adicto con la droga. Tenés que tenerlo, yo tengo que tener el gimnasio! Es una parte de mi vida. (Amateur, 31, delivery de día y guardia de seguridad a la noche)

---

<sup>12</sup> Y *a posteriori* el lector: uno se pregunta si el mero paso a un medio de comunicación escrito no transforma irremediabilmente la experiencia que se transmite. Willener's (1988, p. 61, el subrayado es mío) remarca que la música es muy opuesta al boxeo: “Uno de los obstáculos que se oponen a cualquier sociología de la música sigue siendo que uno no sabe cómo hablar de ello. Uno debe traducir un sentido musical en un lenguaje No-musical.”

## Pegar: la lógica social del sparring

Si el boxeador profesional típicamente pasa la mayor parte de su tiempo fuera del ring, practicando sus movimientos persistentemente delante de un espejo, construyendo su resistencia y perfeccionando su coordinación golpeando un surtido de bolsas, e incluso fuera del gimnasio comiéndose kilómetros y kilómetros de “trote” diario, el clímax y el patrón de formación sigue siendo el sparring. Sin práctica regular en el ring contra un oponente, el resto de la preparación tendría muy poco sentido, ya que la peculiar mezcla de habilidades y cualidades requeridas por la lucha, no puede ser montada en otra situación que no sea entre las cuerdas. Muchos boxeadores que “se ven como un millón de dólares tirados en el suelo” resultan ser ineptos e incapaces una vez que se enfrenta con un adversario. Como Richie explica:

Pegarle a la bolsa es una maldita cosa -trotar, pegarle a la bolsa, hacer sombra es una cosa y hacer sparring es un cien por ciento diferente. Porque es diferente el uso de los músculos. Así, si *tenés que hacer sparring tenés que ponerte en forma para hacer sparring*. Sí, yo no doy un centavo por lo que sos, a menos que seas un luchador *relajado*. . . Tenés que estar relajado, fresco, la respiración es diferente y todo. Eso es de lo que se trata. Eso proviene de la experiencia. [Así que no se puede instruir a un boxeador sobre el modo de estar relajado o a respirar en el ring?] Maldición no! No, eh-eh, no le podés decir. Le podés hablar, pero no funciona.

Hacer sparring tiene su propia temporalidad (a menos que esté a punto de pelear, un boxeador debe hacer sparring suavemente o a intervalos lejanos a fin de reducir al mínimo el “desgaste” de su cuerpo)<sup>13</sup>, es a la vez una recompensa y un desafío. En primer lugar representa la rentabilidad tangible de una larga semana de trabajo duro y un “sacrificio” aparentemente sin límites. Los entrenadores en Stoneland prestan mucha atención a la condición de sus pupilos y no dudan en poner a hacer sparring a los que

---

<sup>13</sup> Algunos profesionales del Arte Masculino se convierten en “punchy” (es decir, sufren del síndrome “borracho”) no tanto de recibir golpes durante las peleas sino a partir de los excesivos golpes absorbidos en el gimnasio. Esto es de particular interés para los boxeadores que entran en el deporte a una edad temprana (a veces menores de diez) o permanecen demasiado tiempo en la división de aficionados con la esperanza de una selección para los (próximos) Juegos Olímpicos, disputando más de quinientos episodios en amateur antes de incorporarse a las filas de los profesionales, en cuyo momento les “pasan el trapo”. Para una discusión más detallada del manejo del “capital físico” del boxeador dentro y fuera del gimnasio, ver Wacquant (1989b, pp. 63-67).

han descuidado demasiado abiertamente su preparación: “el pequeño Anthony no se pone los guantes, Richie. Él no sale a correr, no tiene energía, ni resistencia, es una pérdida de tiempo ponerlo allí. Es una vergüenza.” Pero también es una temible prueba de fuerza, astucia y valor, aunque sólo sea porque la posibilidad de lesiones graves nunca puede ser eliminada por completo, a pesar de todas las precauciones tomadas -tres púgiles sufrieron fractura de nariz haciendo sparring durante mi estancia en el gimnasio, a otro le laceraron la lengua con un uppercut y le tuvieron que realizar dieciséis puntos de sutura; los cortes son raros debido a la protección de los cascos, pero las narices ensangrentadas y los ojos negros son abundantes. Por no hablar de que cada vez que un boxeador entra en el ring, ya sea para “agitar” con un novato, pone una fracción de su capital simbólico en juego: la más mínima falla o metida de pata, como una caída o un mal desempeño, trae vergüenza inmediata al luchador, no menos que a sus compañeros de gimnasio que deben asistirlo “para corregirle la cara” (Goffman, 1967), como también desestabiliza el orden del gimnasio. Una variedad de excusas son validadas socialmente para este fin, que van desde la enfermedades menores (“estuve con una gripe, que casi me muero”), lesiones imaginarias (una mano mal, dolor en el hombro), hasta la mas asiduamente usada, especialmente por los entrenadores, que es violación del código sagrado de la abstinencia sexual durante el entrenamiento (Wacquant 1991b).

A pesar de que sólo ocupa una pequeña fracción del tiempo del pugilista en términos cuantitativos, hacer sparring merece un análisis detallado. En primer lugar, porque demuestra la altamente *codificada y colectivamente dirigida naturaleza de la violencia pugilística*, pero también porque, está situada a medio camino entre “hacer sombra” y la lucha contra un competidor en un combate. Hacer sparring nos permite discernir con más claridad, como a través de una lupa, la sutil y aparentemente contradictoria mezcla de instinto y racionalidad, la emoción y el cálculo, abandono individual y control grupal que le da al trabajo de la fabricación del pugilista su toque distintivo y sella la totalidad del proceso de entrenamiento.

**1. La elección de un compañero:** Todo en el sparring depende de la elección de los socios, y por esta razón debe imperativamente ser aprobado por el director técnico.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> La personalidad y filosofía de entrenamiento del entrenador es decisiva porque determina los principales parámetros de la gestión social de la violencia en el ring. En gimnasios más impersonales, incluso anónimos, (como muchas instalaciones municipales “del distrito”) carece de una clara autoridad y estructura formal de adhesión, las normas que rigen al sparring son mucho menos estrictas y menos estrictamente aplicadas. He sido testigo de numerosos incidentes de sparring en estos gimnasios que serían impensables en Stoneland. En

Richie no deja que un enfrentamiento que no ha respaldado ingrese al ring; incluso frecuentes compañeros de sparring preguntan, antes de ponerse todo el equipo (es decir, poner su “taza” y su casco protector, untar su cara con vaselina, “enguantarse” con guantes especiales, muy acolchados), si pueden o no entrar al ring. Esto se debe a que la equiparación de los oponentes siempre debe ajustarse de manera tal que ambos boxeadores se beneficien de la actividad y los riesgos de lesiones físicas se mantengan por debajo de un nivel aceptable. Como se ha indicado anteriormente, las consideraciones de honor también entran en escena: idealmente, uno no hace sparring con un adversario que es muy superior, por temor a “obtener una buena rotura de culo”, o tan débil que no puede defenderse. Sin embargo, caprichos en la asistencia y divergencias en el entrenamiento y programas de peleas de los miembros del club pueden hacer que sea difícil encontrar un compañero que se ajuste a la triple rúbrica de peso, habilidad y estilo. Por lo tanto, es una buena política mantener las relaciones de amistad en el gimnasio con los que tenés que hacer sparrings, para no herir sus sentimientos, garantizando un grado de equilibrio en el enfrentamiento y estar siempre listos y dispuestos a “devolver” unos pocos rounds de sparring (como mínimo tres) para alguien que te ha sacado de apuros en otra ocasión. Esta es la razón por la que pedirle a un boxeador si quiere hacer sparring es un asunto delicado: significa interferir en la red de obligaciones recíprocas que lo enlaza con sus anteriores y actuales compañeros; es mejor no preguntar si se supone que la respuesta será negativa.

A falta de un compañero de sparring adecuado, se puede recurrir a boxeadores de menor calibre o, incluso, principiantes, como último recurso (una vez ayude a un peso crucero a prepararse para una lucha en Inglaterra, a pesar de las 50 libras de peso de diferencia con nosotros). Otros miembros del Club van a otro gimnasio a hacer sparring, pero con poca frecuencia, ya que estos pueden quedar envueltos en la maraña de desconfianza característica de las relaciones de odio entre los entrenadores, instructores y los directivos de los diferentes gimnasios. En todos los casos, *debe haber siempre una medida de equilibrio entre los compañeros*, incluso en caso de que uno de ellos requiera

---

uno de ellos, un adolescente de gran físico negro pasaba por un gimnasio en su mayoría de blancos y aunque nunca había “olido un guante” antes, se atrevió a combatir con un veterano blanco varios asaltos. El entrenador validó el reto y dejó que el joven jactancioso entre en el ring con su ropa de civil, luego de lo cual el boxeador profesional procedió, sin piedad, a dismantelarlo en menos de un minuto con puñetazos, suscitando la risa general. En otro gimnasio, he observado a un sparring peso welter, sin casco, con un peso pesado sin encintar sus manos bajo sus guantes, que sin éxito trató de “sacarle la cabeza” durante cuatro rounds. En algunos gimnasios, los espectadores apuestan pequeñas sumas de dinero sobre los resultados de las sesiones de sparring, con lo cual aumenta el incentivo para el exceso de violencia.



de ventaja. En el caso de una equiparación excesivamente desigual, el luchador de mayor experiencia tácitamente -a veces explícitamente- se compromete a “retener su golpes”, y se concentra en su velocidad, sus “pies” y la defensa, mientras que el boxeador más débil pone el énfasis en los golpes y la ofensiva. Cuando uno de ellos es un novato, es fundamental seleccionar un “iniciador”, que controle perfectamente sus golpes y temperamento. Si, Richie esperó casi diez semanas antes de dejarme entrar en “la jaula de los leones”, no es sólo porque yo tenía que mejorar mi acondicionamiento y manejar los conceptos básicos de la profesión, sino también porque había que encontrar un compañero adecuado para mí. Y varios hábitos permanecían “fuera de límites” para mí, incluso después que yo había progresado lo suficiente como para “mezclarme” con avezados profesionales.

Durante mi entrenamiento para el Golden Gloves, Shane sugirió que haga sparring con Mark H., un flaco pero resistente blanco aficionado de Hammond que conduce sesenta millas todos los días para venir a prepararse para un torneo aquí. He mencionado esto a Richie y me dijo: “Shane no sabe nada y vos no sabes nada: Mark te va a romper el culo, él es fuerte como el infierno, el chico más fuerte en el gimnasio! Mirá su tren superior: pesa sólo 135 lbs pero *puede romper*. No quiero que te rompan la nariz de nuevo”. (Nota de campo, Enero de 1990).

Algunos combatientes tienen un estilo y una mentalidad que les hacen difícil trabajar a causa de su falta de adaptabilidad a su pareja: “Mirá, Alphonzo, te va a pegar. Entra a pegarte fuerte, no te va a dejar en paz. Yo no pondría a John, hasta que recupere sus piernas: tenes que moverte y alejarte de él porque golpea tan duro...” (ex miembro de gimnasio asesorando al director de John S., un viejo luchador intentando su regreso, Abril de 1991).

**2. Una violencia controlada:** así como uno no hace sparring con cualquiera, uno no hace sparring de cualquier manera tampoco. Por una parte, la brutalidad del intercambio está en función del equilibrio de fuerzas entre los compañeros, (que es más limitada mientras más desigual es este equilibrio) y, por el otro, de los objetivos de la sesión de sparring, es decir, de la coordinación en el doble eje temporal entre el entrenamiento y la competencia. A medida que la fecha de la lucha se acerca, las sesiones de sparring son cada vez más frecuentes y duran más -hasta 8 o 10 rounds diarios en la última semana,

con una pausa en los últimos dos o tres días para asegurarse de “no perder la pelea en el gimnasio”, el enfrentamiento se intensifica (o se vuelve más intenso), y los boxeadores sin experiencia están temporalmente fuera del ring. En vísperas de un importante encuentro, hacer sparring puede convertirse en casi tan brutal como la lucha en sí. Mientras se prepara para su tan esperada confrontación con la última "Gran Esperanza Blanca", Gerry Cooney, el campeón mundial de peso pesado, Larry Colmes, ofreció una recompensa de 10.000 dólares al sparring que lo mandara a la lona, seduciéndolos a una acción violenta (Hauser, 1986, p. 199). Sin embargo, como con cualquier campo de entrenamiento bien dirigido, estos sparrings fueron cuidadosamente seleccionados para dar una ventaja a Colmes, a fin de preservar sus fuerzas y fortalecer su confianza para la lucha.

Durante una sesión, el nivel de violencia fluctúa en ciclos, de acuerdo con una dialéctica de retos y respuestas, los sparrings se desplazan dentro de los límites fijados por el sentido de la equidad, que funda el acuerdo original -que no es ni una norma, ni un contrato, pero que Erving Goffman (1969, p. 21) llama un “consenso de trabajo”. Si uno de los combatientes levanta su ritmo, el otro inmediatamente e “instintivamente” reacciona mediante el endurecimiento de su respuesta; así puede darse una repentina explosión de violencia, que puede agravarse hasta el punto de que los dos contendientes se estén atacando a plena fuerza, antes de dar un paso atrás y tácitamente acordar reanudar su diálogo pugilístico uno o dos niveles de violencia por debajo. La tarea del entrenador es vigilar esta “conversación púgil” para ver que el más débil en combate no esté siendo abrumado (en cuyo caso le da instrucciones precisas al oponente: “rodéalo y gancho, Shante, te dije que no ataques! Y vos mantené la maldita mano izquierda arriba Louie!”), o que los dos oponentes no lleven la intensidad del sparring muy por debajo de la de una pelea, incumpliendo así el propósito mismo del ejercicio (“que hacen ahí arriba, el amor? Empiecen a trabajar ese gancho, que quiero ver algunas buenas manos derechas”).

Los pugilistas competentes disfrutan ponerse manos a la obra, una-a-una contienda de sparring, pero entienden que este choque competitivo está limitado por las cláusulas “no contractuales” y, aunque esté cerca de un combate real, es muy distinto a éste, ya que se trata de un elemento de “cooperación antagonista” (William Graham Sumner), que está expresamente prohibido mientras se acerca la pelea. Dice un veterano miembro del gimnasio:

No me desagrada nada [acerca de sparring]. Me gusta todo, porque también aprendes al mismo tiempo. En un gimnasio no tratas de ganar una lucha, *estás para aprender*. Es todo *aprendizaje*. Es practicar lo que vas a hacer cuando la próxima pelea está por venir, ya sabes. . . No puedo lastimar a mi oponente -me refiero a mi sparring. Ellos *me* están ayudando, al igual que yo los ayudo a *ellos*. Ellos no van a entrar y tratar de lastimarme. . . Y, sabes, tenés cosas llamativas, donde él trata de pegarte fuerte, podes ser alcanzado por una buena piña, entonces vos vas a tratar de tomar represalias y devolvérsela.

A muchos boxeadores les lleva mucho tiempo ajustarse a estas normas tácitas de cooperación que están en aparente contradicción con el dictado público y la ética de la competencia sin límites. Como en el caso de las carreras de bicicleta (Albert, 1991), esta "orden de cooperación informal" es especialmente problemática para los novicios, quienes tomando el deporte en su valor nominal, son incapaces de "dosificar" su agresión y creen que todos deben ir a probarse, como las siguientes notas de campo indican: "Este pibe nuevo, cree que puede ganarle a todos. Dice: 'Yo puedo matarlo, le puedo patear el culo! Soy mejor que él, dejame entrar en el ring!'; él solo quiere pelear con todos. Vamos a tener problemas con él. Yo no sé qué hacer porque no puedo dejar que él haga sparring con esa actitud" (Richie, Noviembre de 1989). Tendrá que aprender la forma de "leer" señales de cuándo dar marcha atrás, dar respiro a su pareja, y cuando seguir presionando para hacerlo trabajar más duro.

**3. Sparring como trabajo perceptivo, emocional y físico:** un híbrido entre el entrenamiento y la pelea, el sparring produce una profunda re-educación del cuerpo y la mente mientras se forja lo que Foucault (1963, p. 168) llama una "estructura multisensorial" muy específica del boxeo, que puede ser articulada o discernida sólo en la acción. La experiencia en el ring no solo amplía al boxeador la capacidad de percepción y de concentración, sino que le obliga a refrenar sus emociones, remodela y endurece su cuerpo durante la preparación para los enfrentamientos de la competencia. En primer lugar hacer sparring es una educación de los sentidos y sobre todo de las facultades visuales; el estado de vigilia que crea, desencadena una progresiva *reorganización de hábitos y habilidades perceptivas*. Se produce una transformación en la estructura y el alcance de su campo visual a medida que uno aumenta su jerarquía de sparring: en lugar de saturarse, este campo logra establecer progresivamente pautas y regularidad, uno se

encuentra en mejores condiciones de ordenar los estímulos, de excluir la información sensorial innecesaria y de interpretar y anticipar la más relevante a medida que uno adquiere el “ojo del boxeador” (Wacquant, 1989a, pp. 52-53).

El sparring es también el medio y soporte de una forma especialmente intensa de “trabajo emocional” (Hochschild, 1983, p. 7). Los boxeadores deben, desde el principio, aprender a controlar y ocultar sus emociones en el ring. Para lo cual no sólo deben ejercer una constante vigilancia de sus sentimientos internos, sino también ejercer un continuo “control de la expresión” (Goffman 1969) sobre su externalización, a fin de no dejar a su oponente saber cuando están heridos por los golpes. El legendario entrenador-manager Cus D'Amato (citado en Brunt 1987, p. 55), el “descubridor” de Mike Tyson, resume el asunto así: “El boxeador domina sus emociones en la medida en que puede controlar y ocultar las mismas. El miedo es una ventaja para un luchador. Le hace moverse más rápido, estar más rápidos y más alerta. Héroe y cobardes sienten exactamente el mismo miedo. Los héroes reaccionan de manera diferente.” Esta diferencia no es algo innato en la persona, sino una habilidad adquirida, producida por la prolongada habituación del cuerpo a la disciplina específica del sparring. Un peso mediano con un récord de cinco victorias profesionales consecutivas explica:

Tenés que mantener el control, porque las emociones te queman todo el oxígeno, de modo que tenés que mantenerte calmo y relajado aunque sepas que ese tío está buscando romperte la cabeza. Tenés que mantenerte calmo y relajado. Tenés que hacerle frente a la situación.

Q: ¿Fue difícil aprender a controlar las emociones? ¿Cómo no volverse loco o frustrarse si un pibe es escurridizo y no le podés meter una mano limpia?

R: Fue difícil para mí. Me tomó años-y-años-y-años para conseguirlo y *juuusto* cuando lo estaba controlando realmente bien, las cosas, comenzaron a cambiar para mí.

Q: ¿Es algo que te enseñó Richie?

A: Él siempre me dijo que me mantenga calmo y relajado. Respirá, no te pongas nervioso -, yo encontraba muy difícil mantener la calma y relajarme cuando ese tío buscaba matarme en la siguiente esquina, pero finalmente lo asimilé y entendí lo que quería decir.

De hecho, la profunda imbricación entre gestualidad, experiencia consciente y procesos fisiológicos -recordar la distinción de Gerth y Mills "(1964) entre los tres elementos constitutivos de la emoción- es tal, que un cambio en cada una de ellas

conlleva a la instantánea modificación de la otra. La falla en el monitoreo de la experiencia sensorial de los golpes que vienen hacia uno altera la capacidad de actuar y, por tanto, altera sus estados corporales. A la inversa, estar en forma físicamente le permite a uno estar mentalmente listo y por lo tanto, lograr mejorar la percepción desencadenada por el flujo de los golpes.

La menor falla de auto-control es castigada inmediatamente. Una vez entre las cuerdas, uno debe ser capaz de manejar las emociones y saber, de acuerdo a las circunstancias, la forma de contenerlas o reprimirlas o, por el contrario, la forma de activarlas e impulsarlas; cómo amordazar ciertos sentimientos (la frustración o la ansiedad), a fin de resistir los golpes, las provocaciones y el eventual abuso verbal y las “tácticas ásperas” –los golpes bajos o con los codos, los cabezazos, frotar los guantes en los ojos del otro pugilista o sobre un corte a fin de abrirlo aún más, etc– propinadas por el oponente, y la manera de provocar otras a voluntad (la ira, la “furia controlada”, por ejemplo), sin dejar que se les vayan de las manos. La mayoría de los boxeadores se esfuerzan por ser “pragmáticos” en el ring, para canalizar todas sus energías mentales y emocionales, para “conseguir hacer el trabajo” de la forma más eficaz, de forma indolora. El sparring les enseña las “reglas de los sentidos” específicas de su ocupación.

Por último, el aspecto estrictamente físico del sparring no debe pasar desapercibido por ser una verdad evidente; no se debe olvidar que las luchas profesionales son ante todo una *economía del dolor (y dinero)*. El objetivo de la lucha es presentar la estrategia más eficaz o someter al oponente golpeándolo, lo que necesariamente implica recibir golpes. El boxeo actual está lleno de términos referidos a la capacidad de “recibir un golpe” y glorifica la capacidad para soportar el dolor. Ahora, más allá de la dotación natural, como por ejemplo una “pera de hierro”, y la misteriosa y venerada cualidad llamada “corazón” (también central en la cultura masculina de la calle del ghetto), sólo hay una manera de endurecerse uno mismo frente al dolor, de habituar al cuerpo a recibir golpes: ser golpeado con regularidad y progresivamente adaptarse a él. En contra de otro estereotipo popular, los boxeadores no tienen especial predilección por el dolor y ninguno de ellos goza de ser golpeado, ni siquiera, hiriendo a su oponente. Dice un joven que recientemente se convirtió en peso welter profesional:

*Nah, somos humanos hombre! Somos humanos, sabés, somos como todo el mundo, nuestros sentimientos son igual a sus sentimientos, -no nos pueden poner en otra bolsa, sabes, no somos diferentes a ustedes: estamos en el mismo mundo, somos de la misma carne, la misma sangre, mismo todo, sabés.*

Lo que han hecho es elevar su umbral de tolerancia al dolor a través de su rutinización controlada (Weber *Veralltaglichung*). Lo que nos lleva de regreso a la regimentación emocional, en la medida en que este aprendizaje de la indiferencia al dolor físico va de la mano con la adquisición de la forma de *sang froid* específica del pugilismo. La adecuada socialización del boxeador presupone una resistencia a los golpes, cuya base es la capacidad de dominar el primer reflejo de auto-protección que desarregla la coordinación de movimientos y le da una ventaja decisiva al oponente. Más que la fuerza de los golpes soportados, es esta adquisición progresiva de la “resistencia a la excitación [*resistance a l'emoi*]”, como Mauss (1950, p. 385) etiqueta acertadamente, lo que es claramente imposible de separar, ya sea de la esfera de la voluntad o del orden fisiológico, que agota al aprendiz durante los primeros períodos de sesiones de sparring, así como a los luchadores sin experiencia durante sus peleas.

Así, de ser un espacio ajeno donde uno se siente incomodo, fuera de lugar, o realmente en peligro, el ring progresivamente se convierte en un “lugar de trabajo”, un escenario de libre expresión donde los pugilistas están “como en casa” -ésta es la expresión que ellos utilizan con más frecuencia cuando se les pregunta lo que se siente al entrar en el ring. Esto se debe a que sus habitus se han reorganizado tan a fondo en su estructura, que ahora corresponde a la estructura básica del deporte, produciendo de ese modo el peculiar *sentido de la felicidad* que viene del acuerdo prereflexivo del cuerpo con el microcosmos en el que se encuentra envuelto.

### **Racionalidad pugilística: el boxeador como razón práctica personificada**

Aprender cómo boxear modifica imperceptiblemente el esquema corporal, la relación del individuo con el propio cuerpo y sus usos, mientras internaliza un conjunto de disposiciones que son inseparables física y mentalmente y, a la larga, transforman el cuerpo en una virtual máquina de pegar, pero *una máquina inteligente y creativa, capaz de autorregularse mientras que innova* dentro de una fija y relativamente limitada gama de movimientos, en función de las acciones del oponente de turno. La interpenetración mutua de las disposiciones corporales y mentales llega a tal grado que incluso la fuerza de voluntad, la moral, la determinación, concentración y el control de las emociones se plasman en reflejos inscritos en el organismo. En el boxeador dotado, lo mental, se convierte en parte de lo físico y viceversa; el cuerpo y la mente funcionan en una simbiosis total.

Esto es lo que se expresa en este despectivo comentario de Richie que se opone a los luchadores que argumentan que no están “mentalmente preparados” para un combate. Después de la derrota de Jason en su primera lucha televisada en Atlantic City, el viejo entrenador decía furioso: “Él no pierde porque no está “mentalmente preparado”. Eso no significa nada; mentalmente preparado”. Si sos un boxeador, estás preparado. Estaba diciéndole a Butch: "mentalmente preparado", que mierda! Si eres un luchador, subí al ring y pelea, no hay que estar mentalmente listo o no listo. No es mental, no hay nada mental en esto. Si no eres un luchador, no entres allí, no peeles. Si sos un luchador, estás listo y peleas - eso es todo. Todo el resto es sólo *mierda para los pájaros.*” (Notas de campo, Abril de 1989).

Es esta mutua superposición de lo físico y lo mental lo que permite a los boxeadores experimentados seguir defendiéndose y eventualmente recomponerse después de haber sido casi noqueado. En esos momentos de casi inconsciencia, su cuerpo sigue boxeando, por así decirlo, por sí solo, hasta que se recuperan los sentidos, a veces después de un lapso de varios minutos. El ex campeón mundial de peso pesado Gene Tunney (citado en Sammons, 1988, p. 246, mi énfasis) relata esta experiencia en el entrenamiento:

Fui al ataque con la cabeza hacia abajo y la cabeza de mi compañero me golpeó en el ojo izquierdo, cortándome y aturdiéndome mal. Luego retrocedió y me tiro una derecha a la mandíbula con toda su fuerza. Quede parado donde estaba. Sin caerme o tambalearme, *perdí la conciencia, pero instintivamente procedí a noquearlo.* Luego otro sparring entró en el ring. Boxeamos tres rounds; no tengo recuerdo de ello.

En el famoso “Thriller en Manila”, una de las más brutales peleas de pesos pesados en la historia, Joe Frazier y Mohammed Ali lucharon gran parte del encuentro en un estado de casi inconsciencia. “Smokin 'Joe” recuerda varios años después del evento: por el sexto round, “Yo no podía pensar más. Todo lo que sé es la pelea está ahí. El calor [superior a 110 grados Fahrenheit], la humedad... En esa lucha particular, no podía pensar, estaba allí, tenía trabajo que hacer. Sólo quería terminar el trabajo”(NBC Deportes, 1990).

Las entrevistas con los boxeadores y entrenadores sobre la cuestión del aspecto “mental” del deporte se tornan una aparente contradicción: por una parte, afirman que el

boxeo es un “deporte de hombres pensantes”, que con frecuencia se asemeja al ajedrez, por el otro, también insisten en que, una vez en el ring, tienen demasiado poco tiempo para razonar. “No tenés lugar para pensar en el ring: es reflejo! Cuando llega la hora de pensar, es el momento de dejar”, dice Richie. Sin embargo, al mismo tiempo, el entrenador de Stoneland está plenamente de acuerdo con Ray Arcel (citado en Anderson, 1991, p. 121), el decano de los instructores, aún activo a los 92 años de edad, después de haber preparado dieciocho campeones del mundo, de que “el boxeo es más cerebro que fuerza. No me importa la capacidad que tenés como luchador. Si no puedes pensar, sos sólo otro vagabundo del parque.” El enigma se resuelve tan pronto como uno se da cuenta de que la capacidad del boxeador de meditar y de razonar en el ring se ha convertido en una facultad de su organismo *in globo* -o de un indivisible complejo “cuerpo-mente”. (Dewey, 1929, p. 277). Esta distinción de las diferencias entre corporales y mentales, se pone de relieve en el siguiente comentario de un contendiente local de peso crucero:

Es un aspecto mental, porque la computadora, el *cerebro*, es lo que controla el cuerpo. Si la computadora no es fuerte, entonces ya no puede mandar un fuerte mensaje al cuerpo, de modo que, tenés que ser fuerte mentalmente para llevar a cabo la tarea. Tenés que pensar en qué posición se encuentra este hombre, en que lado deseas pegarle, quizá querés atacar, darle en el rostro, que te ataque para que puedas agacharte y golpearle luego. Es una cosa *que hay que pensar constantemente* - si querés entrar y salir sin que te peguen- pero si querés entrar a repartir bombas, entonces no tenés nada que pensar para hacerlo.

Q: Pero no tenés mucho tiempo para pensar, ¿verdad?

A: (sonando sus dedos nerviosamente), todo es en una fracción de segundo: tu mente es como una bujía, (click-click con sus dedos y levantando su voz al mismo tiempo) *constantemente pensando, constantemente pensando*”. *Todo lo que hacés,, es pensando, por alguna razón*, para hacer que algo suceda, así es como hay que pensar en el ring. Así es como hay que pensar (deja de hacer sonar los dedos). Hay un dicho que dice que una vez que entrenas tanto y llegas a ser tan bueno, no tenés que pensar más. Es *natural*, tu cuerpo naturalmente, hace lo que se supone que tiene que hacer, incluso, *el pensamiento es mucho más rápido que vos*; no tenés la oportunidad de *reflexionar sobre eso*. Tenés la respuesta antes de hacerlo incluso, así que tenés que estar bien afinado para poder hacer eso.



Una vez en el ring, es el cuerpo entrenado el que aprende y entiende, almacena y clasifica información, encuentra la respuesta correcta en su repertorio de acciones y reacciones pre-programadas. La excelencia pugilística, por lo tanto, puede ser definida por el hecho de que el cuerpo del luchador calcula y decide por él, instantáneamente, sin la mediación -y las costosas demoras que causa- del pensamiento abstracto, previa representación y cálculo estratégico. *El cuerpo es el inmediato, espontáneo estratega del deporte*: él sabe, entiende, juzga y reacciona todo al mismo tiempo. Ser un boxeador competente, entonces, no es muy diferente a ser un pianista de jazz competente: para ambos, lograr que fluya la expresión -de golpes en un caso, de notas en el otro- tiene una forma específica de conocimiento, “Una manera consagrada de lograr distancias”, que sólo puede adquirirse a través de “un largo camino de incorporación” (Sudnow, 1978, pp. 12 y 13) por el cual el “cuerpo disciplinado asume la postura esencial de la mente” (Leva, 1988, P. 13).

La estrategia del boxeador es, pues, el producto, no de la teleología de cada elección racional, ni la mecánica sumisión de los dictados normativos del entrenador o la “subcultura” del gimnasio, sino del encuentro de un habitus pugilístico con el campo que lo produjo. El arte social de pugilismo borra toda una serie de distinciones escolares, entre lo intencional y lo habitual, lo racional y lo emocional, lo corporal y lo mental, que están tan profundamente arraigadas en la ontología dualista de la ciencia social moderna, que ni siquiera nos enteramos cuánto trunca la realidad fundamental de la acción social. El boxeo se nutre de la yuxtaposición, y de hecho de la *fusión*, de estos opuestos. Refleja una personificada razón práctica que escapa a la lógica de la conciencia individual y del cálculo. El enfrentamiento en el ring demanda respuestas sinópticas, dependientes de la sensibilidad y capacidad de respuesta pugilística en el momento, que son la antítesis de las decisiones sistemáticamente planificadas y medidas del tipo del “cálculo de la razón” que subyace a la elección racional y los modelos teóricos del deporte y de la acción social. En efecto, se podría caracterizar la estrategia del boxeador en el ring por lo Hugh Brody (1982, p. 37, el subrayado es mío) dice de los cazadores esquimales de Athabasca al Noroeste de Canadá:

Hacer una buena, sabia, sensible elección de caza es aceptar la interconexión de todos los factores posibles, evitar el error de buscar racionalmente la respuesta y centrarse en cualquier decisión primaria. Lo que es más, *la decisión es tomada en la acción*; no hay paso o pausa entre la teoría y la práctica. Como consecuencia de ello, la decisión -al igual que la acción de la

que es inseparable- es siempre modificable (y, por tanto, puede no ser adecuado incluso denominarla como decisión).

El éxito en el aprendizaje del boxeo, por lo tanto, requiere de la combinación de disposiciones cuasi antinómicas: por un lado, de las obligaciones y los impulsos profundamente arraigados en el “individuo biológico”, caro a George Herbert Mead (1934), en un cuerpo que debería ser llamado “salvaje”, por estar ubicado en la frontera cultural; y por otro, en la capacidad de dominarlos en cada momento, de regularlos, transformarlos de acuerdo con un plan que es objetivamente racional a pesar de que sigue fuera del alcance de la conciencia racional. Esta contradicción, inherente al habitus pugilístico, explica que la creencia en el carácter innato de la capacidad del boxeador pueda coexistir pacíficamente con una implacable y rígida ética del trabajo y el esfuerzo. Al igual que con la religión, de acuerdo a Durkheim (1965), el mito del don del boxeador es “una ilusión fundada en la realidad” (*cum fundamento in rei*): lo que los combatientes toman como una capacidad natural (“tenes que tenerlo dentro tuyo”, “naciste boxeador”) es en realidad esta naturaleza peculiar que resulta del largo proceso de inculcación del habitus pugilístico, un proceso que se ve facilitado en la medida en que los reclutas están predispuestos para eso por los condicionamientos congruentes de la antesala del gimnasio que es la calle del ghetto. El concepto nativo de lo *natural*, frecuentemente invocado para explicar por qué algunos boxeadores aprenden rápidamente o tienen éxito con aparente facilidad, denota esta *naturaleza cultivada* cuya génesis social se ha convertido literalmente en invisible a los que la perciben a través de las categorías mentales, de las que son producto.

\*

Así llegamos, a través de una diferente ruta cuasi experimental, por así decirlo, a la misma conclusión de Maurice Merleau-Ponty (1962) en su *Fenomenología de la percepción*: que el “cuerpo vivido” no es en primera instancia un *objeto* de la conciencia sino el medio pre-objetivo de la conciencia; de hecho, el verdadero *sujeto* de la práctica social humana, si es que hay alguno. Al demostrar la atroz insuficiencia de los dos modelos teóricos de la acción, que recientemente han polarizado las reflexiones sobre la cuestión (Elster 1989), la elección racional y la limitación normativa, el boxeo sugiere la

necesidad de colocar al *cuerpo vivido socializado*, y la incorporación de las prácticas que dan forma a sus estructuras, en el centro del análisis de la acción social.<sup>15</sup>

## References

- Abrahams, R. D. (1970). Positively Black. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Albert, E. (1991). Riding a Line: Competition and Cooperation in the Sport of Bicycle Racing. Sociology of Sport Journal 8, 341-361.
- Anderson, D. (1991). In the Corner: Great Boxing Trainers Talk About their Art. New York: Morrow.
- Auletta, K. (1982). The Underclass. New York: Pantheon.
- Baldwin, J.B. (1988). Habit, Emotion, and Self-Conscious Action. Sociological Perspectives 31, 35-58;
- Becker, H. (ed.). (1981). Exploring Society Photographically. Chicago: The University of Chicago Press.
- Bennett, G. and P. Hamill. (1978). Boxers. New York: Dolphin Books.
- Bourdieu, P. (1972). Esquisse d'une theorie de la pratique. Precedee de trois etudes d'ethnologie kabyle. Geneva: Droz.
- Bourdieu, P. (1977). Outline of a Theory of Practice. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bourdieu, P. [1980] (1990). The Logic of Practice. Cambridge: Polity Press.
- Bourgois, P. (1989). Just Another Night on Crack Street. New York Times Magazine, November 12.
- Brody, H. (1982). Maps and Dreams. New York: Pantheon.
- Brunt, S. (1987). Mean Business: The Rise and Fall of Shawn O'Sullivan. Harmondsworth: Penguin.
- Chicago Fact Book Consortium. (1984). Local Community Fact Book: Chicago Metropolitan Area. Chicago: Chicago Review Press.
- Chicago Tribune. (1986). An American Millstone: An Examination of the Nation's Permanent Underclass. Chicago et New York: Contemporary Press.
- Connerton, P. (1989). How Societies Remember. Cambridge: Cambridge University Press.

<sup>15</sup> Véase el trabajo de Bourdieu (1990), Jackson (1989), Blacking (1973) y diversas reinterpretaciones recientes de la noción de hábito (por ejemplo, Ostrow, 1990; Connerton, 1989; Baldwin, 1988), como importantes esfuerzos en esta dirección.

- Csikszentmihalyi, M. (1975). Beyond Boredom and Anxiety. San Francisco: Jossey-Bass.
- Dewey, J. (1929). Experience and Nature. Chicago: Open Court.
- Donnelly, P. (1988). On Boxing: Notes on the Past, Present, and Future of a Sport in Transition. Current Psychology 7, 331-346.
- Douglas, J.D. (1976). Investigative Social Research. Beverly Hills: Sage.
- Durkheim, E. [(1922)]. (1956). Education and Sociology. New York: The Free Press.
- Durkheim, E. [1914] (1965). The Elementary Forms of the Religious Life. New York: The Free Press.
- Drake, St. Clair and H.R. Cayton. (1945). Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City. New York: New Harcourt-Brace-Jovanovich.
- Early, G. (1988). Three Notes Toward a Cultural Definition of Boxing. In J.C. Oates and D. Halpern, Reading the Fights (pp. 20-38). New York: Prentice-Hall Press.
- Edmond, A.O. (1973). The Second Louis-Schmelling Fight: Sport, Symbol, and Culture. Journal of Popular Culture 7.
- Fine, G.A. (1979). Small Groups and Culture Creation: The Idioculture of Little League Baseball. American Sociological Review 44, 733-745.
- Folb, J. (1980). Runnin' Down Some Lines: The Language and Culture of Black Teenagers. Cambridge: Harvard University Press.
- Foucault, M. (1963). Naissance de la clinique. Une archeologie du regard medical. Paris: Presses Universitaires de France.
- Gerth, H. and C.-W. Mills. (1964). Character and Social Structure. New York: Harcourt, Brace, Jovanovitch.
- Goffman, E. (1961). Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction. Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- Goffman, E. (1966). Interaction Rituals. New York: Vintage.
- Goffman, E. [1959] (1969). The Presentation of Self in Everyday Life. Harmondsworth: Penguin.
- Halpern, D. (1988). Distance and Embrace. In J.C. Oates and D. Halpern, Reading the Fights (Pp. 275-285). New York: Prentice-Hall Press.
- Hare, N. (1971). A Study of the Black Fighter. Black Scholar 3, 2-9.
- Harper, D. (1988). Visual Sociology: Expanding Sociological Vision. The American Sociologist (Spring), 54-70.
- Hauser, T. (1986). The Black Lights: Inside the World of Professional Boxing. New York: McGraw-Hill.

- Hauser, T. (1991). Mohammed Ali: His Life and Times. New York: Simon and Schuster.
- Heller, P. (1989). Bad Intentions: The Mike Tyson Story. New York: New American Library.
- Hirsch, A.R. (1983). Making the Second Ghetto: Race and Housing in Chicago, 1940-1960. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hochschild, A.R. (1983). The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling. Berkeley: University of California Press.
- Jackson, M. (1989). Paths Toward A Clearing. Bloomington: Indiana University Press.
- Jankowski, M.S. (1991). Islands in the Street: Gangs in Urban American Society. Berkeley: University of California Press.
- Jenkins, T.J. (1955z0. Changes in Ethnic and Racial Representation Among Professional Boxers: A Study in Ethnic Succession. Chicago: unpublished MA thesis, the University of Chicago.
- Jencks, C. and P. Peterson, eds.. (1991). The Urban Underclass. Washington, D.C.: The Brookings Institution.
- Katz, J. (1988)). Seductions of Crime. New York: Basic Books.
- Kochman, T., ed. (1973). Rappin' and Stylin' Out: Communication in Urban Black America. Chicago: University of Illinois Press.
- Kotlowitz, A. (1991). There Are No Children Here. New York: Morrow.
- Levao, R. (1988). Reading the Fights: Making Sense of Professional Boxing. In J.C. Oates and D. Halpern, Reading the Fights (pp. 1-19). New York: Prentice-Hall Press.
- Mailer, N. (1971). "King of the Hill": On the Fight of the Century. New York: New American Library.
- Mauss, M. (1950). Les techniques du corps. In Sociologie et anthropologie (pp. 365-386). Paris: Presses Universitaires de France. (Translated as "Techniques of the Body," Economy and Society 2, 70-88).
- Mead, C. (1985). Champion: Joe Louis, Black Hero in White America. New York: Charles Scribner's Sons.
- Mead, G.H. (1934). The Biologic Individual. In Mind, Self, and Society from the Standpoint of a Social Behaviorist (pp, 347-353). Ed. C.W. Morris. Chicago: The University of Chicago Press.
- Merleau-Ponty, M. [1945] (1962). The Phenomenology of Perception. Atlantic Highlands: Humanities Press.

- Mitchell, R.G., Jr. (1983). Mountain Experience: The Psychology and Sociology of Adventure. Chicago: The University of Chicago Press.
- Mosca, D. (1991). A Boxing Enclave: Preserving the Great White Hope. Fieldwork Project at Newman's Gym, San Francisco. Unpublished course paper, Department of Anthropology, San Francisco State University.
- Muel-Dreyfus, F. (1983). Le metier d'educateur. Paris: Editions de Minuit.
- NBC Sports Venture. (1990). The Thrilla in Manilla. VHS Video of the (1975) Ali-Frazier Heavyweight title fight, NBC Sports Venture.
- Oates, J.C. (1987). On Boxing. Garden City: Doubleday.
- Oates, J.C. (1988). Mike Tyson. In (Woman)Writer (pp. 255-253). New York: E.P. Dutton.
- Ostrow, J.M. (1990). Social Sensitivity: An Analysis of Experience and Habit. Stony Brook: State University of New York Press.
- Plimpton, G. (1989). Three With Moore. In J.C. Oates and D. Halpern, Reading the Fights (pp. 150-170). New York: Prentice-Hall Press.
- Roberts, R. (1978). Jack Dempsey: The Manassa Mauler. Baton Rouge: Louisiana University Press.
- Sammons, J.T. (1988). Beyond the Ring: The Role of Boxing in American Society. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.
- Simmel, G. (1949). The Sociology of Sociability. American Journal of Sociology 55, 254-268.
- Suaud, C. (1978). La vocation. Conversion et reconversion des pretres ruraux. Paris: Editions de Minuit.
- Sudnow, D. (1978). Ways of the Hand: The Organization of Improvised Conduct. Cambridge: Harvard University Press.
- Sugden, J. (1987). The Exploitation of Disadvantage: The Occupational Sub-Culture of the Boxer. In J. Horne, D. Jary, and A. Tomlinson, eds, Sport, Leisure, and Social Relations (pp. 187-209). London: Routledge and Kegan Paul.
- Sullivan, M. (1989). "Getting Paid": Youth, Crime, and Work in the Inner City. Ithaca: Cornell University Press.
- Torres, J. (1989). Fire and Fear: The Inside Story of Mike Tyson. New York: Popular Library.
- Valentine, B.L. (1978). Hustling and Other Hard Work: Life Styles in the Ghetto. New York: Free Press.

- Wacquant, L.J.D. (1989a). Corps et ame: notes ethnographiques d'un apprenti-boxeur. (Body and Soul: Ethnographic Notes of an Apprentice-Boxer). Actes de la recherche en sciences sociales 80, 33-67.
- Wacquant, L.J.D. (1989b). The Ghetto, the State, and the New Capitalist Economy. Dissent (Fall), 508-520.
- Wacquant, L.J.D. (1991a). 'Busy Louie' aux Golden Gloves. Gulliver 6, 12-33.
- Wacquant, L.J.D. (1991b, November). The Meaning of the Manly Art: Boxers, Sex, and Women. Lecture delivered to the Program on Gender and Meaning and Sociology Department, Smith College, Northampton.
- Wacquant, L.J.D. (1992a). Redrawing the Urban Color Line: The State of the Ghetto in the (1980s). In C.J. Calhoun and G. Ritzer, Social Problems (in press). New York: McGraw-Hill.
- Wacquant, L.J.D. (1992b). The Comparative Social Structure and Experience of Urban Exclusion: "Ghettos" in Chicago and Paris. Forthcoming in C. McFate, R. Lawson and W.J. Wilson, Urban Marginality and Social Policy in America and Western Europe. Newbury Park: Sage Publications.
- Wacquant, L.J.D. and W.J. Wilson. (1989). The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City. Annals of the American Academy of Political and Social Science 501, 8-25.
- Weinberg, S.K. and H. Arond. (1952). The Occupational Culture of the Boxer. American Journal of Sociology 62, 460-469.
- Willener, A. (1988). Le concerto pour trompette de Haydn. Actes de la recherche en sciences sociales 75, 54-63.
- Wilson, W.J. (1987). The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy. Chicago: The University of Chicago Press.
- Wittengstein, L. (1953). Philosophical Investigations. Oxford: Blackwell.
- Zola, I.K. (1964). Observations on Gambling in a Lower-Class Setting. In Howard S. Becker. The Other Side: Perspectives on Deviance (pp. 247-260). New York: The Free Press.